



Visita

al territorio de

Bohumil Hrabal

MI GATO AUTÍCKO

Bohumil Hrabal

Cada vez que mi mujer venía de Praga a pasar el fin de semana conmigo, soltaba un suspiro ¿qué haremos con tantos gatos? Yo intentaba consolarla, Ya sabes que en primavera desaparecerán los cinco gatos que tenemos ahora; una tarde uno de ellos dejará de venir y nos pasaremos la noche llamándolo, pero sin ningún resultado porque el gatito ya no volverá a aparecer; después pasará lo mismo con el segundo y el tercero, y al final sólo quedará uno, y también se irá un día para no volver... Pero mi mujer no quitaba la vista de los animalitos y no paraba de lamentarse... ¿Qué haremos con tantos gatos, qué? Sin embargo, pese a las quejas, esperaba con ilusión las mañanas cuando nos despertábamos y, una vez levantados, abríamos la puerta del jardín y cinco gatitos ya crecidos irrumpían en la cocina para atacar la leche que habíamos vertido en dos cuencos; después nos volvíamos a meter en las dos literas, todos, sí, mi mujer y yo y los gatitos también se introducían debajo de nuestros edredones para calentarse. A mi mujer le ponía tres gatitos en la litera superior, y así hacíamos la *grasse matinée* con los animalitos que se dormían plácidamente con nosotros en nuestras literas. Renda, Segmyler y Selva Negra se encamaban con mi mujer mientras a mí me hacían compañía los dos gatitos negros con calcetinitos blancos y pechera blanca; a la gatita negra le había puesto Svarcava y al gatito moreno Calcetinitos. La que me quería más era Svarcava; yo la devoraba con los ojos y ella me quería tanto que casi se desmayaba cuando la cogía y me la ponía en la mano y me la acercaba a la frente y le decía a la oreja todo tipo de dulces, dulcísimas declaraciones de amor, y es que yo había llegado a una edad en que ya no podía enamorarme de una chica guapa porque no sabía cómo hacerlo y también porque estaba cada vez más calvo y la cara se me llenaba de arrugas; en cambio, los gatitos me amaban tanto como las chicas cuando era joven, yo lo era todo para mis gatitos, era su padre y su amante. Pero la que estaba loca por mí, más que las otras, era Svarcava, la negrita de los calcetines blancos y el babero blanco. Cada vez que le dirigía la mirada ella se enternecía y se ablandaba, toda humilde, y era preciso que me la pusiera en la mano; entonces durante unos segundos la gata casi perdía la cabeza de tanta emoción, y su ternura se me transmitía a mí y viceversa; a veces la emoción me dejaba sin palabras. Aquellas mañanas, cuando cinco gatitos venían a meterse en nuestras literas con nosotros, representaban nuestra felicidad familiar; los gatos eran nuestros hijos. No todo era coser y cantar, no obstante: cada mañana, después de haberse calentado, una vez se habían librado del frío nocturno, los gatos de repente saltaban de la cama y empezaban a luchar unos contra otros, a atacarse, a agarrarse a las cortinas con las garritas y, ¡clíng-clong!, corrían y se precipitaban de aquí para allá; mi mujer y yo no parábamos de oír los golpes que sus cabecitas se daban contra los armarios y las sillas; durante media hora los gatitos hacían de las suyas en la

cocina, de las sillas habían arrancado nuestra ropa de calle y la interior, de la cocina traían trapos que tiraban al suelo y los desgarraban, y lo mismo hacían con los zapatos y con las zapatillas, que se convertían en armas mortales de sus batallas; y a continuación volvían, irrumpían otra vez en nuestras literas, se metían debajo de los edredones y allí, a oscuras, se atornillaban, después de haber lanzado todos los objetos de la mesa al suelo... Una buena media hora solía durar aquel frenesí, aquella *meshuge stunde*, hasta que los gatitos, jadeando, sacaban las lengüitas, y caían exhaustos sobre la alfombra verde; allá se estiraban y se lamían uno a otro, con unos largos movimientos de las pequeñas lenguas se arreglaban mutuamente y se limpiaban los pelos bajo la barbilla y el cuellecito y se peinaban las cabecitas. Después se volvían a dormir, suspirando dulcemente... Aquel ritual de locura, aquella *meshuge stunde*, se repetía a diario hasta que, con la llegada de las lluvias y el frío y la nieve, cuando los gatitos habían crecido y se habían transformado en gatos y gatas adultos, una buena mañana abrí la puerta para que entraran a beber su leche, y entonces irrumpieron todos y la primera cosa que hicieron fue acercarse a la estufa y ofrecer sus cabecitas de gato al calor hasta que los pelos sacaban, vapor. En aquellos meses invernales los gatos se volvían serios y sufridores y yo me preguntaba, ¿qué harían, pobrecitos, si yo no viniera? Solían dormir en la terraza encima de la paja, bajo la glorieta protectora, y desde su primer piso observaban el camino del bosque que se desviaba de la carretera por la cual llegaba mi autobús y después yo me acercaba a la casa arrastrando los pies en la nieve, y desde una curva del camino se me aparecía aquella terraza, aquel rectángulo abierto bajo la glorieta, donde empezaban a levantarse diversos pares de orejitas de gato, después se ponían en marcha los piececitos que bajaban corriendo por la escalera de madera y los gatos venían a mi encuentro para apretujarse contra mí... Los cogía uno detrás de otro y los abrazaba y los besaba en el cuellecito, mientras ellos se apretaban contra mi cara, contentos de que no los hubiera olvidado; abría con llave la cerradura de la puerta de la casa; en el recibidor, había una palangana con agua helada; después, abría la puerta de la habitación y los animalitos se acercaban a la estufa que no tardaba en calentarse después de que yo hubiera prendido fuego a la madera y al carbón, y al final empezaba a calentar la leche en la pequeña cocina en la que, en invierno, el agua se helaba en la pila... Media hora más tarde, la estufa y los tubos conductores, todo estaba al rojo vivo, los gatos lamían la leche hasta acabársela toda y volvían a ofrecer las cabezas al calor de la estufa; una hora más tarde, relajados y acalorados, se estiraban dulcemente sobre las sillas y daban una cabezada, mientras yo cortaba en pedazos el pescado y la carne que había traído y con los dedos troceaba el queso para ofrecerles una comida de primera. Al acabar me ponía a redactar mis textos; la máquina de escribir roncaba de tanta prisa que yo tenía, y es que yo nunca me tomaba el tiempo para limpiar las páginas escritas para que quedaran estilísticamente puras, tenía mucha prisa porque lo que quería hacer era dedicarme a los gatos que, a pesar de que descansaban con los ojos cerrados, me observaban con el rabillo del ojo

mientras saboreaban el rumor de la máquina de escribir; cuando ya hacía una hora que tecleaba me ponía la chaqueta de piel y salía a pasear por aquellos paisajes invernales, dejando la puerta abierta por si los gatos tenían pipí y querían salir a su váter hecho de hojas secas: por la noche les dejaba una palangana llena de arena por si me quedaba tan dormido que no oyera sus maullidos, porque por la noche los gatos, cuando querían ir al lavabo, bajaban de un salto de la silla y maullaban dulcemente delante de la puerta; yo los oía aunque estuviera profundamente dormido; entonces me levantaba a abrirles y cuando volvían, me avisaban otra vez con un maullido enfrente de la puerta, de forma que llegaba a levantarme más de una vez cada noche para dejar que mis gatitos salieran al jardín; cuando llovía, les limpiaba las patas antes de dejarlos entrar porque de madrugada, cuando el fuego de la estufa se había apagado, los cinco gatos se me metían de un salto en la cama y, como si se hubieran puesto de acuerdo, cada uno ocupaba su lugar fijo, aunque sólo Svarcava tenía el privilegio de colocarse muy cerca de mi cabeza; los otros gatos se situaban a mis pies y a lo largo de mi espalda... Antes de dormirse todos suspiraban, soltaban los suspiros tiernamente y en silencio, hacían runrún y después se doblaban para formar una bola; cuando todos juntos teníamos calor, se estiraban de espaldas con las cabecitas echadas hacia atrás, en unas posturas bellísimas, con las barriguitas sudadas de calor y quizás también de horror, temiendo qué sería de ellos si un día yo no me presentaba... A veces venía con el coche a ver a mis gatos, pero sólo cuando liada buen tiempo. Me gusta correr cuando conduzco, pero entonces de golpe me pasaba por la cabeza la idea de qué sería de mis gatos si tenía un accidente, y enseguida desaceleraba. Sólo adelantaba a los tractores y los camiones lentos porque siempre pensaba en mis pobrecitos gatitos. Por eso, cuando las carreteras estaban heladas, cuando nevaba o llovía, únicamente cogía el autobús porque así tenía la garantía de llegar sano y salvo, además de seguro de poder dar una alegría a mis gatos y gatas. Incluso en el autobús, si me ponía en la primera fila, pensaba ¿qué pasaría si el autobús tenía un accidente, quién daría de comer a los gatos? De forma que solía sentarme por el medio del autobús donde, en caso de un accidente, el peligro es mínimo, aunque siempre estaba al quite y calculaba dónde me metería si el autobús resbalara... porque si me pasaba algo, ¿quién echaría leche a mis gatitos? Cuando era la hora de marcharme y volver a Praga y me vestía para el viaje, los gatos se quedaban mustios y desolados; Svarcava, que tenía el carácter de Charlot, para provocar mi risa brincaba y hacía saltitos mientras me observaba para ver si su actuación me hacía desdecirme de mi intención: otras veces, si dos gatos se peleaban y yo me empezaba a vestir, la pareja paraba y cada gato se colocaba sobre una silla donde se estiraban como si quisieran decir que si me quedaba, ellos serían unos buenos críos, o también que, si realmente tenía que irme, al menos los dejara en casa, porque ellos sabrían comportarse... No les apetecía salir a la calle, pero tenían que hacerlo; los cogía uno tras otro y los soltaba al jardín; me sentía muy desgraciado cuando lo hacía, tan desgraciado como se debían de sentir mis gatos: me iba por el

camino de mi jardín entre abetos, después salía por la puerta a la calle y me encaminaba por la avenida de árboles y cuando me volvía por última vez, cada vez veía la misma escena que me asustaba. Entre los palos de la valla del jardín, de cada rendija, surgía una cabeza de gato, cinco cabecitas de gato me observaban y deseaban lo imposible, que volviera y que nos encontráramos otra vez todos juntos en la habitación calentándonos junto a la estufa... En Praga, muchas veces me sentía vacío y desolado, no podía escribir y no me abandonaba la sensación de soledad y de haberme perdido; entonces no tardaba en subir de un salto al autobús y después de una hora de ir atravesando un paisaje cubierto de nieve, me plantaba en la avenida de árboles donde los gatos me venían al paso y yo los tomaba en las manos y me los apretaba contra la frente, los pelos de los gatos me sanaban de la resaca y de la melancolía... Los presionaba una y otra vez contra mí y ellos lo sabían todo y se apretaban y se rozaban más: después, encendía la leña y el carbón en la estufa y les regalaba trocitos de carne y les vertía leche en los cuencos. Svarcava era una gata que sabía perfectamente qué significaba para mí; se sentía honrada porque yo a ella la quería más que a los otros gatos; en sus ojos siempre encontraba la comprensión necesaria, una comprensión tan grande que incluso me daba miedo. Me alegraba tener a Svarcava, compartir secretos; ella se sentaba sobre la mesa y me miraba largamente; entonces yo me inclinaba hacia ella y ella metía la cabeza en mi palma, sí, su cabecita tenía la medida justa para caber en el cuenco de mi mano: pero entonces yo ya empezaba a preocuparme porque sabía que tenía que volver a Praga porque algunas tardes me invitaban a unos clubes de lectura con mis lectores, que yo aceptaba, y por eso me ponía triste pensando que pronto tendría que coger un gato detrás del otro y echarlos al jardín, donde ellos sufrirían en aquel aire helado, sobre las hojas caídas, empapadas de humedad, en aquella soledad; sentía que los gatos temblaban de miedo porque pronto llegaría ese instante nefasto y horroroso cuando nos tendríamos que despedir, y que ellos no pararían de sufrir pensando que quizás no volvería a verlos, que quizás los dejaría a merced del destino, y yo estaba tan afligido como ellos imaginándome que alguien los podría matar a tiros, que podrían quedarse hundidos en la nieve, que quizás nunca más saldrían a mi encuentro y, si lo hacían y llegaban hasta la parada, el autobús los podría atropellar. Para cortar ese suplicio en seco, después de haber venido a ver a los gatos y colocármelos en la frente como si cada uno de ellos fuera un trapo mojado con el que me curaba la migraña, salía de la casa y me dirigía hacia la avenida de árboles donde, al llegar a la cuna, me volvía para ver cómo me observaban los ojos de gato, cinco cabecitas de gato me seguían con la mirada hasta que yo desaparecía detrás de la curva y me iba hacia la parada; una vez en el autobús, me levantaba el cuello de la chaqueta para quedarme ensimismado, profundamente pensativo, solo conmigo mismo, y entonces me llenaba de reproches... ¿Cómo había podido abandonar a aquellos animalillos tan conmovedores en una tarde húmeda y fría? Vendrá la noche helada y los gatos se calentarán entre las pieles el uno al otro, se calentarán con el aliento de las patitas y

los pelos, el uno al otro se darán calor y mientras lo hagan, soñarán conmigo y se preguntarán si nunca más volvería, y si volvía, ¿cuándo sería?, y calcularán el tiempo que tardaré en aparecer porque las noches de Kersko son largas, en invierno no se acaban nunca incluso para las personas. A veces me quedaba tan trastornado por los gatos que deseaba que dejara de existir, que todo muriera, tanto yo como los gatos. Únicamente los fines de semana, cuando mi mujer y yo compartíamos la compañía de los gatos, sólo dos días a la semana, cuando los dos nos quedábamos a dormir en la casa de Kersko, éramos del todo felices juntos, si bien los gatos sabían que el domingo por la tarde mi mujer y yo nos iríamos: los domingos, desde el mediodía, los cinco gatos estaban cabizbajos. En cambio, cuando yo llegaba a la casa de Kersko, los gatos sabían qué pasaría y aguardaban con impaciencia que me tumbara sobre mi litera de abajo y me tapara con una manta, sabían que ése era mi momento para hacer la siesta y que esa siesta era también suya, cuando todos los gatos se pondrían debajo de la manta a mi lado y bajo mi barbilla... Los domingos por la tarde, sin embargo, los animalotes sabían con seguridad que pronto nos iríamos; se estiraban sobre nuestras literas, la alegría se había acabado. Fue entonces que me enteré de que cuando, en el bosque, un cazador mata a un gato a tiros, le corta la cola porque por cada cola cortada le pagan treinta coronas. Cada vez que oía un disparo me asustaba, salía corriendo al jardín y llamaba a mis gatos para contarlos y para ver si alguno de ellos se había quedado en el bosque y si un cazador estaba cortando su cola en ese mismo momento. Y también me dijeron, que de vez en cuando, unas personas pasaban por el campo para cazar gatos y gatitos y que cogían los que no tenían dueño y se dejaban coger, y después estos cazadores de gatos, esos gateros, según los llamaban en la región, se llevaban los gatos a los laboratorios científicos de Praga donde les pagaban cincuenta coronas por cada uno; después, a los gatos les metían una máquina en la cabeza, un aparato de esos que hacen tictac y cuentan los impulsos y los movimientos en el cerebro. Más habría valido no saberlo, ya tenía bastante con eso que me habían contado sobre los gateros y los disparos de los cazadores; me destrozaba imaginarme que a alguno de mis gatos se lo llevarían a Praga donde moriría al cabo de una semana con la cabeza envuelta por un aparato contador, porque un gato no soporta este tipo de test de investigación científica. Muchas veces me despertaba antes de que despuntara el alba sabiendo que ya no volvería a dormirme, me desvelaba una visión neblinosa que cada vez se hacía más precisa: era el tictac; comenzaba como una sensación inocua, así que me levantaba para llevar mi reloj de mano, que por la noche siempre envolvía en una bufanda, a la cocina donde lo dejaba, bien envuelto en la bufanda, en un armario detrás de unas ollas. Cuando me volvía a acostar con los ojos fijos en el techo, después de haber encontrado el camino a tientas, al cabo un instante, en medio de la luz tenue de la calle ¡volvía a sentir el tictac!, pero esta vez no venía de fuera sino que estaba dentro de mi cabeza, sí, ¡sentía que mi cabeza la atravesaba un aparato que hacía tictac, contando los impulsos de mi cerebro, mis latidos y que el aparato metido en una cabeza de gato continuaría

haciendo su tictac!, por siempre jamás, sólo se pararía si me fuera dada la misericordia de enloquecer o de morir prematuramente. Me identificaba tanto con mis gatos que empezaba a ver visiones, me imaginaba el horror que sentirían mis gatos y gatitos si los cogían esos gateros para propósitos científicos. También sufría como un desesperado pensando en todos esos gatos y gatitos que los cazadores cogían vivos para meterlos como alimento en las jaulas de los búhos, donde los animalitos tenían que esperar hasta que al búho le entrara hambre. Me proyectaba a mí mismo en aquellos animalotes, en los gatos y los gatitos en la jaula del búho y cuando no podía dormir, me visitaban esas visiones acompañadas con una experiencia física. Un domingo de invierno, frente a nuestra casa aparco un coche y las personas que entraron en casa nos dijeron que su gato moteado de negro y blanco había muerto trágicamente y que habían oído decir que nosotros teníamos cinco gatos, así que querían elegir un gato blanco y negro de los nuestros. En cuanto vio a nuestro gato Renda, la señora exclamó que si no hubiera visto con sus propios ojos cómo a su gato lo atropellaba un coche, habría creído que era él. Yo estaba tan asustado de todo lo que sucedía que no tuve ánimo de impedir que la señora agarrara a Renda y se lo llevara, no tuve tiempo ni de preguntarle si su domicilio en Praga tenía un jardín, si salían de vacaciones, si querría a Renda tanto como lo habíamos querido nosotros... Renda se fue, apretándose contra la señora como si fuera yo; aquel día nos sentíamos abatidos, estábamos tan parados que ni pensamos en volver a Praga, tan grande era el vacío que el gato Renda había dejado atrás, aquel Renda que nunca jugaba con los otros gatos, el Renda que era un guapote, mucho más alto que los otros gatos que él vigilaba; era una especie de líder; y ahora, Renda ya no estaba, se lo habían llevado y yo cogí fiebre, andaba por el jardín enfurecido conmigo mismo, preguntándome cómo podía haber entregado a Renda, el hermoso gato que nunca jugaba ni se peleaba, que con su pata como el bastón de un mariscal daba órdenes para que los otros pararan de pelearse; me repetía que yo mismo había permitido que mi gato abandonara la casa, a pesar de que la señora nos aseguraba que era carnívoros y que, en Praga, a Renda nunca le faltarían hígados de cerdo y de ternera, que lo alimentarían con buena carne y que lo querrían tanto como habían querido a aquel gato que el coche, un día, había atropellado.

Cuando hubimos pasado el invierno y llegó la primavera, se unió a nosotros una pequeña gata negra y blanca, que estaba esperando pequeños, como Svarcava; las dos gatas se llegaron a adorar y, puesto que las dos estaban embarazadas, me perseguían fuera donde fuera, no me dejaban solo, a veces andando las atropellaba pero les daba igual: lo esencial era mantenerse cerca de mí; me miraban con ojos enamorados y yo sabía que las dos gatas me pedían que las ayudara cuando llegara su momento. Mi vecino, Eliás, confeccionó para mí un comedero para pájaros; de hecho, era un comedero bastante absurdo; había vaciado una radio vieja que fijó en un palo; colocó el palo delante de las ventanas de mi casa, muy cerca del lugar donde la valla del jardín tenía un agujero. Cada día, cuando yo venía a ver a mis gatos y a escribir unas páginas, llenaba la radio convertida en comedero con copos de avena y migas de pan para los gorriones, los carboneros y los arrendajos, a pesar de que estos últimos se acercaban sólo de vez en cuando. Pensar que las dos gatas parirían me horrorizaba. Me daba miedo que dieran a luz en mi cama, como había hecho Máca; me asustaba imaginarme qué haría con todos aquellos gatos, sufría pensando qué pasaría si cada gata tenía cuatro gatitos; ¿los tendría que ahogar? A buen seguro que sí, aunque no a todos; a cada gata le dejaría un par de gatitos; tendría que hacer ese trabajo de verdugo como lo había hecho antes, cuando era joven y vivía en Nvmburk, donde nadie quería ahogar a los gatitos, de forma que me tocaba a mí hacerlo, a mí que, desde siempre, adoraba a los gatos, a mí, amante de los gatos, me tocaba liquidarlos... Y es que sólo una vez dejamos vivir a los cinco gatitos menudos que, una vez crecidos, nadie quería, así que teníamos tantos gatos en casa que tropezábamos con ellos; y después, mal rayo me parta, de los cinco gatos cuatro eran hembras que, después de un año, tuvieron más gatos y al final nos sentíamos tan desgraciados como mi mujer que, cada vez que llegaba a Kersko para pasar conmigo el fin de semana, se lamentaba... ¿Qué haremos con tantos gatos? Mientras estaba en Kersko, mi mujer se pasaba el día preparando comidas para los gatos y sirviéndoles la leche... Además, donde los gatos más preferían estar era en la cocina donde dejaban un mal olor que no veas; yo mismo estoy tan acostumbrado a los gatos que ya no lo sentía pero cualquier visita y cualquier persona que entraba hacía ¡Aj!, ¡qué mal huele!, y es que los gatos hacían sus necesidades no sólo en la palangana y el barreño con arena sino a menudo en un rincón de la cocina o en nuestra habitación, y cuando tenían diarrea, hacían caca allá donde les cogían las ganas; mi mujer parecía un reproche ambulante, no le apetecía pasarse el fin de semana lavando las sábanas o limpiando las alfombras, de modo que me tocaba a mí hacerlo; cada fin de semana limpiaba la porquería primero con el papel de cocina y después con un trapo húmedo, pero a veces estaba tan nervioso que no podía más, entonces soltaba gritos a los

gatos, chillaba y los echaba, a todos; algunas veces llegué a pegar a alguno. Otras veces, mientras escribía, estaba preparado para oír maullar a un gato en la puerta, pero no, lo que me llegaba era ese sonido horroroso de las tripas que se vacían, me volvía rojo como un tomate de tanta rabia, cogía al gato y le endosaba una paliza como no había visto en su vida; a veces lo dejaba en el umbral y con un pie le endilgaba una patada que lo hacía volar hasta el bosque; el resto de los gatos no esperaban su turno sino que huían pies para qué os quiero y, una vez fuera, se avergonzaban, se sentían culpables, mientras yo dejaba de escribir, paralizado por la lástima que sentía, no podía continuar escribiendo porque los gatos me daban mucha, pero mucha pena, pensaba con tristeza que acababa de pegar a un gato, un bicho que en el fondo quería, había endosado un puntapié a un animalito que para mí lo era todo, uno del grupo que a veces me obligaba dejarlo todo en Praga y desplazarme a Kersko porque los echaba dolorosamente de menos; necesitaba cogerlos y ponérmelos en la frente para que apartaran de mí el miedo y la melancolía... Tenía vergüenza, salía y me pasaba el día intentando hacer las paces con los animalitos, los imitaba a pasar adentro pero ellos se sentían tan humillados que no osaban atravesar el umbral del lugar de donde los habían echado a puntapiés, de donde los habían hecho huir, y es que los gatos son capaces de sentir escrúpulo y abochornamiento y al mismo tiempo no perdonan con tanta facilidad como yo les disculpaba a ellos... Al final dejé de quedarme a dormir en Kersko; acababa de escribir lo que quería, daba de comer a los gatos y me iba a la parada de autobús o me marchaba en coche. Después de salir de casa, cada vez me tumbaba, paraba el coche para ver que... Sí, sí, los gatos estaban entre los palos de la valla y sus cabecitas parecían tan tristes que me iba de prisa y corriendo y subía de un salto en el autobús. Prefería coger el autobús porque, después de haber dejado a los gatitos, tenía que estar muy atento mientras conducía el coche para no desviarme del camino o no meterme en dirección contraria, tanta era la emoción que me dominaba. Curiosamente, cuando venía a Kersko con el coche, con sólo entrar en el bosque y coger la avenida de los árboles, después de tomar la curva, ya veía que mis gatos salían corriendo de los jardines vecinos, así que cuando me paraba enfrente de la puerta del jardín de casa, todos estaban allí plantados, alegres y riendo porque yo venía a verlos, les daría la leche y la comida, los tomaría en las manos y los acariciaría a cada uno aparte, les infundiría alegría para continuar viviendo... y es que me parece que mis gatos sólo vivían de verdad en mi compañía. Después de haberles colmado de caricias y de halagos, si hacía buen tiempo, les aconsejaba que se quedaran al aire libre, que ventilaran su piel al sol, pero los tenía que sacar de mi habitación, porque solos no se habrían ido, porque cuando estaban conmigo era cuando mejor se lo pasaban... Si durante los días laborables no me quedaba a dormir en Kersko era porque no quería estar presente cuando los gatos tuvieran a sus pequeños. Y he aquí que un día llegué y eché de menos a la gata negra y blanca; al final la encontré en el cobertizo, yacía en un barreño para recoger patatas con cinco gatitos minúsculos; me lamió la mano y, a continuación, me la tomó con

una pata para depositarla sobre sus hijos, que chupaban la leche de la madrecita, cada uno del tamaño de una pila de las que se ponen en un transistor... Acariciaba a los gatitos y al mismo tiempo temblaba de horror; cuanto más tiempo tenía la mano puesta sobre los cuerpecitos, más asustado estaba pensando que aquella misma mano cogería a unos cuantos de ese grupo para acabar con ellos. Me entró dolor de hígado y dolor de estómago, vertí, leche en el cuenco a los gatos y troceé carne para alimentarlos; pero cuando me senté enfrente de la máquina de escribir, no podía redactar ni una línea porque los dedos me temblaban y no me sentía capaz de teclear ni una sola frase con sentido. Andaba en círculos alrededor del cobertizo; Svarcava, la otra gata embarazada, me acompañaba, tenía una barriga enorme que en cualquier momento soltaría su contenido; me puse de cuclillas y ella se subió de un salto sobre mis rodillas, levantó las patas de delante para apretar su cuerpo contra mí, tenía ganas de que le insuflara coraje, ánimos, y es que me parecía ver que ella también estaba horrorizada de tener que dar a luz, ella solita, y sólo deseaba una cosa: que yo me quedara con ella... Yo estaba hecho polvo, empezaba a darme cuenta de que la casa de Kersko no era un buen lugar para mí, no era lo que los amigos me decían... que sería un lugar ideal para escribir, que ¡qué suerte!, tener una casa de campo y un piso en Praga... no, no, todo lo contrario, pensaba. En Praga me inquietaba pensando qué se había hecho de mis gatos y no podía escribir imaginándome que quizás tenían hambre, que se sentían solos... Y cuando llegaba a Kersko, me enfadaba diciéndome que más habría valido haberme quedado en Praga, que en la casa de campo tampoco podía escribir y que mi mujer seguramente tenía razón cuando decía... ¿Qué haremos con tantos gatos? Yo ya había tenido muchos gatos, después, además, una gata, la que me acababa de dar cinco gatitos; y sin duda Svarcava también pariría cinco más... A ratos deseaba tener un saco como el de correos, meter a las gatas y a todos los gatitos y matarlos y después meterme yo mismo y tirarme a un lago del bosque, o... De repente entendí por qué a mis gatos y gatitos les gustaba jugar sobre todo con una bolsa grande de esparto con dos asas redondas de color verde, y les gustaba meterse adentro y quedarse dormitando... Me lo había dejado la profetisa Marenka, que un día vino al bosque a buscar setas y me predijo no sólo que me convertiría en escritor sino que un día llegaría a un punto en que me colgaría en el sauce llorón cerca del arroyo... Mirando a los gatos se me apareció su predicción, la de Marenka, que había trabajado de enfermera antes de convertirse en profetisa con un turbante blanco adornado con una joya en forma de lágrima verde, que venía a caminar por nuestra pequeña ciudad y me dijo su oráculo que había leído en las cartas. Y me había dejado una bolsa enorme de esparto que no vino a buscar nunca más porque murió... Y yo ahora recordaba su oráculo que en su momento me había dado risa y del que me pitorreaba, más tarde la tomé más seriamente, tan seriamente que hice cortar las ramas del sauce, pero la primavera siguiente, el sauce se restableció con nuevos brotes muy potentes de donde crecieron unas ramas tan fuertes que en ellas se podrían colgar diez personas, tal como lo había dibujado y pintado Goya... Así que

pensé en su oráculo, sumido en mis reflexiones bajé hasta el arroyo, el sauce estaba allí, preparado para recibirme, pero yo no, yo todavía no estaba listo para cumplir lo que predecía el oráculo, todavía no me veía con ánimo de colgarme... Pero antes de irme, llené los cuencos de leche y los platos de carne, por si acaso; cuando me marchaba, temblaba pensando qué podía pasar al día siguiente. Había llegado a tal automatismo que no podía estar ni en Praga ni en Kersko, o sea que si estaba en Praga, todo me impulsaba a salir de viaje hacia Kersko y hacia mis gatitos y viceversa. Al día siguiente aparqué enfrente de casa, salí, los gatos me vinieron corriendo al encuentro; agachado, los acaricié, pero sin cogerlos con la mano ni abrazarlos y colocármelos contra la cara; después me levanté y poco a poco penetraba entre los abedules, nervioso y asustado porque la gata que me quería más que las otras y la que yo adoraba hasta la locura, ese día, no se había presentado. Cuando entré en la casa, serví la leche en los cuencos y la carne en los platos, abrí la ventana y me quedé boquiabierto. Descubrí a Svarcava, acostada en el comedero para pájaros, en aquel comedero hecho de un viejo aparato de radio, sí, la gata yacía dentro del aparato y me enviaba unas miradas tan enamoradas que salí, obnubilado, me acerqué a la radio y comprobé que sí, sí, mi Svarcava tenía gatitos negros y moteados, bicolores; Svarcava se tumbaba de espaldas, como si fuera un barco de guerra que se hunde, me invitaba con los ojos llenos de amor a que fuera a contemplar la felicidad que había aportado a mi jardín, sus tesoritos, los cinco gatitos que me ofrecía desde su cama en el comedero para pájaros... Introduje la mano, Svarcava me la lamió con gratitud, después coloqué la cabeza sobre el margen de la parte baja de la vieja radio, como si escuchara noticias tristes sobre las catástrofes del mundo, respiraba y no podía volver en mí, estuve mucho rato así, con el corazón latiendo, y otra vez se me apareció esa frase con la cual mi mujer rellenaba nuestros fines de semana en Kersko... ¿Qué haremos con tantos gatos? Una vez un poco recuperado, primero pensé en la profecía de Marenka, según la cual me colgaría en mi propio jardín en el sauce que hay a la orilla del arroyo, pero a continuación me pregunté, Y si me cuelgo, ¿quién dará de comer y de beber a los gatos? De forma que me aparté del comedero para pájaros, miré los preciosos ojos enamorados, que ahora brillaban llenos de orgullo, de Svarcava, que se giraba buscando la posición en que sus pequeños podrían chupar mejor su leche, y yo estaba tan conmovido por sus ojos y por todos esos jugos invisibles que aportaban amor sólo a mí y a mis ojos que introduje la cabeza entera en la vieja radio, y Svarcava me besó y me lamió como si fuera uno de sus gatitos, y me besó otra vez y me cuchicheó al oído palabras dulces de un amor de gato y yo, entonces, decidí que pasara lo que pasara, me quedaría todos aquellos gatitos y daría quinientas coronas a cualquiera que acogiera a un gatito del grupo, quinientas coronas de dote para cada gato... Traje un cuenco de leche para Svarcava, que se apoyó en las patas delanteras para bebérsela toda, después llevé otro cuenco a la gata bicolor que estaba en el cobertizo. Luego paseé por el jardín y llegué hasta donde se cruzan los caminos, hasta la curva desde donde acostumbro a mirar los gatos cuando me dirijo a

la estación de autobús, y contemplé mi casa escondida bajo los pinos y los abetos y los abedules altísimos; nadie habría dicho que allí vivía un hombre que estaba destrozado por tener tantos gatos, tan desafortunado y echado a perder porque tuvo que matar a una gata en un saco basto de correos, sobre el cual ahora estaba, en el cobertizo, un barreño de recoger patatas, lleno de gatitos que había dado a luz una gata descarriada, cinco gatitos, cinco, como los de Svarcava en el comedero para pájaros, aún lleno de migas de pan y copos de avena. Contemplo a distancia mi casa y sí, sí, quién habría creído que aquella casa con contraventanas verdes, escondida bajo árboles gigantescos, no estaba hecha para la alegría, las fiestas y la vida cómoda de un escritor que repartía su vida entre dos casas, una en el bosque, la otra en la capital, y podía elegir dónde quería estar según le apeteciera en cada momento. El domingo, justo cuando mi mujer repitió, llorando, su frase ¿qué haremos con tantos gatos?, enfrente de la puerta del jardín aparcó un coche y bajó un joven con un gato en brazos. El gato estaba hecho una piltrafa y el joven nos lo ofrecía diciendo, Mi madre os devuelve a vuestro Renda que no quiere ni comer hígado ni beber leche; últimamente se pasa el tiempo quejándose, así que, ¡va!, aquí lo tenéis, después de tres meses os lo devolvemos y muchas gracias. Y se fue. Mi maravilloso Renda, el que había sido el rey del mambo y el rey de los gatos, el guapetón, el que cuidaba de todo el grupo, ese mismo Renda-guaperas estaba allí hecho un guiñapo, con unos tics nerviosos que hacían resaltar su piel, antes reluciente, chispeante como la de una nutria, que ahora parecía un trapo desastrado, como si Renda acabara de salir de una alcantarilla. Tampoco andaba como antes; ahora arqueaba la espalda tanto que parecía un jorobado; entró en la casa, y después de dar un beso a su familia se sentó ante mí y fijó sus ojos en los míos, largamente, tanto rato que no lo pude soportar y tuve que bajar la mirada; entonces él saltó sobre mis rodillas y se sentó sobre mi regazo con las patas en mis hombros; no me miraba a mí sino dentro de mí; lo tenía que mirar también a él; tenía los ojos de Máca, aquella gata que se había ido al descampado y no volvió nunca más, prefirió morir sola en vaya usted a saber qué cobertizo que compartir mi vivienda con todo tipo de gatitos desconocidos. Mi precioso Renda, que ya no era nada precioso, después de hartarse de mirarme a los ojos, bajó para irse; yo recordaba cómo era antes, brillaba como si tuviera electricidad dentro, luda como una aureola, en cambio ahora se iba con su joroba y su tic; al cabo de un momento volvió, como si me quisiera decir una última cosa, como si quisiera añadir solo una cosa de las muchas que le habían pasado durante los tres meses de ausencia, pero se lo pensó mejor, hizo una señal con su cuello hecho polvo y se alejó de una manera que daría risa si no diera lástima, se alejó arrastrándose en dirección al arroyo...

Después de que Svarcava había dado a luz y estaba con los gatitos en el comedero para pájaros, en aquel pesebre popular y conmovedor, yo tenía ganas de dejar de existir. Poco a poco me iba dando cuenta de que mi mujer tenía razón cuando decía ¿qué haremos con tantos gatos? Tenía razón, sí, pero ¿cuál era la solución?

La culpa de tener tantos gatos en la casa de campo era mía; nuestras estancias de fin de semana se habían convertido en cualquier cosa menos en idílicas; al contrario, desde la mañana temíamos que al abrir las puertas del jardín, la cocina y el pasillo quedarían inundados de gatos y temblábamos pensando qué pasaría cuando los diez gatitos pequeños se hicieran grandes. Mi mujer a menudo lloraba y repetía la letanía y la oración que disparaba contra mí... ¿Qué haremos con tantos gatos que además se multiplican? Los pies me llevaban automáticamente junto al arroyo donde me quedaba mirando aquel sauce llorón, el sauce en que, según el oráculo de Marenka, me acabaría colgando. Y he aquí que un día cogí un barreño grande que había encontrado en el cobertizo, y mientras los gatos en la cocina bebían la leche que les había vertido en los cuencos y mientras mi mujer estaba fuera, la había enviado a casa de los vecinos, en un estado febril saqué a tres de los gatitos pequeños del comedero para pájaros y los metí en el barreño, después entré en el cobertizo de donde saqué a otros tres gatitos y los coloqué junto a los pequeños del comedero, y maquinalmente abrí el saco de correos con una mancha seca en los márgenes y puse a tres gatitos y tres gatitos; corriendo me adentré en el bosque para, una y otra vez, golpear el saco contra el suelo, fuertemente... Necesitaba un respiro, del mismo modo que lo había necesitado aquella vez en invierno cuando ayudé a un enorme gato desconocido, todo él piel y huesos, a irse al otro barrio... Ya en aquella época, después de haber matado a aquel gato, tenía la misma sensación que ahora, después de haber matado a los seis pequeños. Después de haber liquidado a aquel gato sentía haber cometido un asesinato y sabía que aquella sensación no me abandonaría nunca más. Pero poco a poco me iba acostumbrando a aquel hecho, de forma que, al final, el gato se me aparecía sólo en los sueños de madrugada; en las pesadillas revivía lo que había pasado: el gato que maullaba lastimeramente diciéndome que lo ayudara, a lo cual yo me negaba, así que el gato continuaba maullando, ¡ayúdame, ayúdame! Para ayudarlo, pues, abrí el saco de correos y el gato, casi como si quisiera vengarse de que no le hubiera dado la bienvenida a casa con un cuenco de leche y una buena compañía, se introdujo él solo en el saco y yo lo maté, sí, lo maté para deshacerme de las noches cuando rondaba alrededor de mi casa, quejándose amargamente, llamando desde la profundidad del alma que alguien lo ayudara, y yo lo ayudé, sí, pero a retirarse al otro lado de las cosas y de la gente y de los animalitos: a la muerte. Después de haber matado a los seis gatitos todavía cieguitos, me sentía como si me

hubiera molido una piedra, sin aire por lo que acababa de hacer. A pesar de que temblaba de terror, era consciente de que había que acabarlo, así que me agaché para palpar las cabecitas de los animales y con horror constaté que los gatitos todavía se morían, como aquel gato malnutrido aquel día invernal; así que, como ese día, ahora también cogí un hacha, la que me servía para partir leña... Y después cogí una pala y allí, entre los abedules, en un lugar apartado, cavé una fosa muy profunda, aboqué el contenido del saco, ese contenido que estaba todo mojado, no pude hacer otra cosa que recoger unas seis ramitas de geranio en flor de las ventanas de casa y depositarlas encima de los gatitos que yacían muertos en una mezcla escalofriante: no tenía que haberlos mirado porque los gatitos me hicieron pensar en las fosas comunes de los nazis... Amontóné mucha mucha tierra en la fosa, colocando una roca encima, y esparcí la superficie con hojas secas de roble para disimular las trazas. Dejé el saco de correos bien doblado en el cobertizo; una vez salí de las oscuridades del cobertizo a la luz del día, me fui tambaleándome y me entraron náuseas; corriendo me acerqué al comedero para pájaros vacío y, apoyándome, vomité una y otra vez...

Con lágrimas y todo pálido abrí la puerta de la casa y después estuve mucho rato plantado con la mano en el pomo de la puerta de la cocina, donde los gatos bebían leche. Cuando la abrí, salieron mis gatos y las dos gatas que tanto me querían; las acaricié guiándolas hacia el barreño; la primera en meterse fue Svarcava que enseguida aceptó a los cuatro pequeños como suyos y al cabo de un instante se metió la otra gata para introducirse en el barreño ella también, como la cosa más natural del mundo... Así, las dos gatas yacían en el barreño y los gatitos lamían la leche, como si fueran los recién nacidos de un solo gato o como si fueran comunes de las dos gatas... Y les acerqué la mano que las dos gatas se pusieron a lamer, cerrando los ojos, dichas porque yo las acariciaba y porque hacía mimos a las dos parejas de gatitos, y a mí se me quitó un peso de encima, aunque sólo aparentemente... Las gatas dividieron sus papeles, siempre una de ellas se quedaba en el barreño mientras la otra hacía lo que necesitaba hacer, tomándose su tiempo: saltaba la valla del jardín para acudir a los lugares preferidos, donde seguramente se recuperaba del cuidado que había tenido de los gatitos; si una gata se ponía nostálgica, se acercaba al barreño que habíamos trasladado a la cocina, y se ponía en el lugar de la gata que había estado de guardia; mientras se intercambiaban, se besaban. Los gatos machos también venían a ver a los pequeños; a veces, cuando las gatas no estaban, se metían en el barreño para lamer, limpiar y calentar a sus sobrinos y sobrinas y yo entendí que, habiendo matado a seis gatitos, había prestado un buen servicio a toda la comunidad, pero esencialmente a mi mujer a quien le dije que había llevado a los gatitos al doctor Beník que los cloroformizó... Aquel mes parecía una época llena de bienaventuranza porque las dos gatas competían cuál de ellas me quería más y me lo demostraba con más ímpetu, cuál de ellas saltaba más a menudo sobre mi regazo y me ponía las patas en los hombros, mirándome a los ojos con toda la ternura. Y he aquí que mi siesta con los gatos le llamo la atención a uno de mis amigos fotógrafos que un día vino con

la máquina para fotografiarme; me retrató sentado en el banco delante de mi casa con el barreño sobre las rodillas, con cuatro gatitos y dos gatas agachadas de tal manera que una colocaba la cabeza en los pies de la otra; yo tenía las manos dentro del barreño. Los gatitos, que ya veían, me lamían las manos, se apretaban contra ellas y me daban golpecitos con las cabezas mientras yo contemplaba mis manos en el barreño, acariciando a los pequeños; y entonces, de repente, como una centella me atravesó una visión escalofriante... Me vino la idea de que me dejaba fotografiar como los altos cargos de las SS con las fosas comunes llenas de muertos y fusilados... A continuación me vi como los turcos que, mientras llevaban a cabo el genocidio contra los armenios, se dejaban fotografiar con las cabezas cortadas de las víctimas: un día vi una foto de un militar turco con seis cabezas cortadas; los militares se llevaban las cabezas de las víctimas a la ciudad para hacerse fotos, del mismo modo como lo hacían algunos soldados norteamericanos con los vietnamitas: después de descabezar al ejército enemigo, se hacían fotos, y antes de hacerlas metían un cigarrillo en la boca de la cabeza acabada de cortar; como yo, pensé, cuando lancé a cada gatito una flor de geranio a la tumba. Mientras estaba sentado en el banco delante de casa, mi amigo hacía clic-clic con su máquina fotográfica para conseguir el retrato más hermoso de todos; y no podía adivinar, ni él ni nadie, las ideas que me pasaban por la cabeza, y no sólo por la cabeza, aquellas ideas me atravesaban todo el cuerpo. A partir de aquel momento sabía que no hacía falta ni ver el saco de correos manchado de sangre, que no hacía falta que agarrara el hacha para partir leña, que no hacía falta ni que me mirara las manos; no, no hacía falta nada de esto porque yo ya por siempre jamás tendría una sensación de culpa, que a partir de ahora no me visitaría sólo la vieja gata invernal sino que me vendrían a ver los gatitos pequeños, seis gatitos me visitarían por siempre jamás, los reproches de mi conciencia se me aparecerían cada madrugada antes de despuntar el día y no me dejarían dormir. El hecho de que Svarcava y la otra gata, la que no tenía nombre, la Sinnombre, me quisieran, no me ayudaba nada, al contrario, hacía crecer mi vergüenza, mi culpa. Es cierto que me daban la bienvenida de lejos, que sus ojos me transmitían ternura, que me querían todo entero, que cuando me inclinaba sobre el barreño, se deshacían de amor y la boca se les humedecía tiernamente, yo lo era todo para ellas, yo era lo más maravilloso que habían tenido en la vida. Es cierto también que, según me pareció, me querían más que a sus pequeñas pilas, como yo denominaba a aquellos cuatro gatitos de las dos familias que había juntado, así que las dos madres tenían la sensación, no, no la sensación sino la firme convicción de que todo estaba bien, que los pequeños eran de cada una de ellas. No podían pensar más allá, mientras que yo, yo lo pensaba todo hasta el final, pensaba en lo que no tenía que haber hecho pero que al fin y al cabo había hecho. De este modo yo, quien durante más de cuarenta años tenía unas reacciones hipersensibles a flor de piel, yo, a quien irritaba incluso el sonido de una hoja de árbol colgada de una telaraña en la ventana de la cocina, yo, con mi sensibilidad, me di el lujo de matar a una gata andrajosa en un bosque

invernal y después a seis gatitos pequeños. Yo que sentía incluso el tictac de un reloj de mano envuelto en una bufanda, yo no había previsto lo que me esperaba después de haber llevado a cabo mi acción...

En aquella época fui al cine en el pueblo vecino, Semice, donde daban *La dolce vita* del señor Fellini. En la pantalla apareció el señor Steiner, un guapote que tocaba la *Toccata e Fuga* de Bach; después vi a los hijos y la mujer del señor Steiner y me quedé preocupado; a continuación vino la escena en que los fotógrafos y periodistas asedian con aparatos fotográficos y cámara de televisión y micros a la señora Steiner, que volvía a casa con la compra, que parecía como si le pegaran tiros de pistola con el clic-clac de las fotos, y cuando, a continuación, vi que en su hogar la esperaban dos críos muertos a tiros, y en un sillón, el suicida y asesino de sus hijos, el señor Steiner, que se había pegado un tiro, me puse a temblar; y tuve que salir, tambaleándome en medio de los asientos, con una sola idea: ¡Fuera!, ¡lejos de aquí! Y es que el señor Steiner hizo lo mismo que yo, sufría tanto por la vida futura de sus hijos que los mató como yo a los gatitos y a la gata abandonada una tarde de invierno, con la diferencia de que yo, tonto de mí, había decidido continuar viviendo en lugar de irme de este mundo de la manera que me había predicho Marenka, la que había muerto dejándome un recuerdo de su oráculo, una gran bolsa de esparto con asas redondas y verdes, la misma bolsa en que mis gatitos ya crecidos habían dormido y jugado más de una vez. Si antes a menudo sufría de gastritis, ahora tenía dolor en el corazón porque mi alma estaba enferma como la del señor Steiner, o como la de Raskolnikov que, tras haber asesinado a una anciana, pensaba que había matado un piojo. Y he aquí que una tarde de domingo Svarcava enfermó, saltó del barreño donde acompañaba a los gatitos, corrió hacia mí, temblando de fiebre; yo la acaricié, pero ella se revolcaba, tenía retortijones; mi primera reacción fue la de ponerla en un cesto y llevarla a un veterinario en Rícany, pero la gata se apretaba contra mí y no me dejaba hacer nada; se estiró y yo continuaba acariciándola, empezó a sudar hasta quedarse empapada como si la hubiera sacado del arroyo; mi mujer insistía en que debía llevarla al veterinario, en cambio yo perseveraba en que ya se le pasaría, que si la llevábamos a Rícany, durante el transporte, la gata, en su locura, nos arañaría, porque yo veía que Svarcava se volvía loca, que la fiebre le había robado el juicio, que estaba enrabiada como suelen estarlo los perros, por eso temblaba como una hoja, tan enferma estaba... Efectivamente, Svarcava dejó de tener conciencia de quién era yo, incluso me llegó a arañar; tenía que coger un trapo y después una manta para mantenerla presionada sobre el suelo, tanto se retorció, parecía como si yo quisiera aguantar una carpa viva, viscosa, de las que vienen por Navidad, tanto meneaba su cuerpo mojado... Intentaba mantenerla firmemente en el suelo, le hablaba, le susurraba que era yo quien estaba con ella... Pero no había nada que hacer, la gata chillaba y escupía y emitía silbidos amenazantes como si se hubiera enterado de que yo había matado a sus hijos, que yo era el culpable, que mis manos estaban manchadas de

sangre, como si me comunicara que sentía horror de ver mis manos, esas manos que antes adoraba... Y que por eso se había vuelto loca. Yo la apretaba contra el suelo con más fuerza todavía, temía que si se escapaba, me atacaría, tan fuerte se había vuelto la gata, mi gatita del alma... Y de repente se soltó, se estiró, relajada... Yo todavía la mantenía en tierra con todo mi cuerpo, y cuando me levanté, comprobé que estaba muerta y que uno de sus ojos me miraba, un ojo horrible, y en aquel ojo horrible leí todo lo que, desde algún tiempo, me iba reprochando a mí mismo...

El gato blanco y negro, Renda, desapareció. No me cansaba de deambular por las avenidas de árboles, a lo largo del arroyo y por la carretera buscándolo en la cuneta, pero no había manera. Incluso llegué a desear que lo hubiera encontrado un cazador o que hubiera acabado bajo las ruedas de un coche. Pero no era así; Renda se fue, como en su momento lo había hecho su madre, una gata de los mismos colores que el hijo, que había dado a luz en mi cama, sí, fue allí donde nació Renda y los otros gatos; aquella gata me quería tanto que cuando sus pequeños habían crecido, ella venía a controlarme, a ver si estaba solo sin ningún gato cerca y menudo escándalo me montaba si comprobaba que llegaban sus hijitos liderados por Renda; sí, en aquellos momentos era capaz de montar un cristo, soltaba silbidos como una serpiente hacia los hijos y las miradas de odio que me lanzaba me quitaban el sueño; después desapareció para volver un día y otro y después ya no volvió nunca más, me dejó destrozado y sumido en unos remordimientos que no se acababan nunca; estuviera donde estuviera, en el bosque, en Praga y sobre todo en la cama, me despertaba de madrugada una nube oscura que poco a poco iba tomando la forma de la gatita que me acusaba de serle infiel con sus propios hijos, cosa que ella no soportó y murió en el bosque, al lado de la casa de los Mícek. El hijo de la gata, el guapote, me hizo la vida imposible todavía más que ella. Es cierto que lo regalé a la pareja que acababa de perder a su gato de dos colores, parecido al mío, pero lo hice sólo después de haber oído sus promesas de que llevarían el gato al campo y que viviría con ellos como un rey. Cuando su hijo llegó, tres meses más tarde, para devolverme al gato — la señora ni siquiera se dignó presentarse—, enseguida presentí, con Renda en los brazos, que ese gato me haría sufrir, y mucho. No me dejó abrazarlo, no se apretujó contra mí, como antes acostumbraba hacer, tirando la cabecita hacia atrás y casi desfalleciendo de dicha al sentir mi aliento en su cuellecito, tan feliz que su felicidad se me contagiaba y yo también estaba a punto de desfallecer. En la cocina lo solté para que sus hermanos le dieran la bienvenida, pero ellos lo miraban como un recién llegado que nunca había sido uno de ellos, como si no hubiera nacido en aquella casa con todos los demás, como si nunca hubiera sido el gato más maravilloso y más listo y sabio de la casa, como si no fuera el gato Renda que limpiaba a todos sus hermanitos y hermanitas, el que decidía el programa exacto de la *meshuge stunde*, punto por punto, que guiaba a toda la hermandad cuando había que atravesar un pontón sobre el arroyo para esparcirse en los campos, aquel que, cuando alguno de los otros se excedía en un rifirrafe o en un juego, intervenía y castigaba al culpable, el cual aceptaba el castigo humildemente porque Renda era una cabeza más alto que el resto. Tres meses más tarde, cuando lo habían venido a devolver, el joven que lo trajo dijo que durante el último mes no había hecho nada más que quejarse y la última

semana se había mantenido en silencio, como si hubiera decidido morir de hambre, así lo expresó el joven. En mi casa sí comió, pero esperó que los otros gatos acabaran primero y después se puso él a ello; yo esperaba ver cómo levantaba la cabecita para mirarme y volver a beber a continuación; era así como antes acostumbraba darme las gracias. Pero ahora, a pesar de que sabía que yo lo observaba, sí, era perfectamente consciente, no levantó la cabecita ni una sola vez; después de comer, salió fuera mirando nuestras ventanas...

Desde que lo devolvieron hecho un guiñapo, mientras el resto de los gatos soltaban dulces suspiros, acostados en el sofá, Renda se sentaba en un rincón como un huerfanito, me miraba sin interés, a veces parecía que quería decirme algo, esbozar una sonrisa como antes, pero cualquier intento se le helaba en su rostro blanco y negro; así se podía pasar toda la tarde, dirigiéndome la mirada, pero si lo acariciaba, él cerraba los ojos y se apartaba, como si cualquier contacto conmigo le resultara desagradable; se parecía a su madre cuando venía a controlar la situación, a ver si yo ya estaba solo en casa sin aquellos hijos suyos que no quería ver ni en pintura. Durante un mes, cada día Renda se sentaba en su rinconcito y me observaba; yo no podía hacer nada, ni pensar en escribir; habría sido incapaz de redactar ni una sola línea; durante todo aquel mes intenté captar una de aquellas miradas suyas de antes, cuando se deshacía de dicha, se le hacía la boca agua de emoción porque yo lo contemplaba y le hablaba y lo acariciaba... Pero desde que hace un mes me lo habían traído hecho un trapo, no pude conectar con él, nuestra historia de amor se había acabado, no podía perdonarme, seguramente a sus ojos había cometido algo tan horroroso que, de hecho, no había perdón posible... Y yo, cada día que pasaba, me sentía más y más culpable, cogía a Renda en brazos, ofrecí a Renda el privilegio de dormir al lado de mi cabeza mientras los demás gatos tenían que colocarse a mis pies, pero ni eso lo conmovió; saltó de la cama para sentarse en el rinconcito de siempre, para tirarme desde allá miradas llenas de reproche, para torturarme con el recuerdo del horror que le había causado con su estancia de tres meses en un piso de Praga...

Y he aquí que un buen día Renda no volvió a casa. ¡Qué descanso, Dios mío! Durante varios días me sentí dichoso en ausencia de aquellos ojos acusadores, sentados en un rincón de la cocina, pero no estaba seguro del todo de que Renda ya no estuviera. Para asegurarme rondaba por los prados y los bosques y a lo largo de las carreteras buscando el cadáver del gato. Pero no había huellas de que se lo hubieran cargado ni los cazadores ni un coche; iba preguntando si los vecinos de las casas alejadas habían encontrado el cadáver de un gato bicolor en sus jardines, indagaba incluso en los pueblos vecinos porque a veces a los cazadores les gustaba dejarse caer, tranquilamente pero bien alerta, en los bosques distantes, y no dejaba de interrogarles sobre si no habían matado de un tiro a un gatito blanco y negro, ¿quizás junto a los pueblos de Loskoty, en la orilla del arroyo de Olsiny, en el Camino de la Rectoría, en la Bóvila? Escrutaba a los cazadores con la mirada cuando hacía esa pregunta en las cervecerías de los pueblos, pero no cabía ninguna duda de que me

decían la verdad cuando contestaban que no, no se habían cargado a ningún gato blanco y negro, y si lo hubieran hecho, me lo habrían dicho. Esto significaba que Renda había desaparecido y que yo podía descansar. Aun así al cabo de una semana el gato me empezó a aparecer del mismo modo como había pasado con su madre: antes de que despuntara el día; mi sueño es quebradizo, en general tengo dificultades para dormir, en la cama voy envolviéndome nerviosamente en la sábana deseando ver rayar el alba, la luz, hacia las cinco... Renda me visitaba no en forma de una nube, o un nubarrón del cual, paulatinamente, fuera discerniendo el rostro del gato. No: Renda llegaba como una centella; de repente se me iluminaba la cabeza con su imagen, parecía que la cabeza se me iba ensanchando hasta tener la dimensión de la cocina, y continuaba ensanchándose hasta llegar a ser tan grande como todo mi jardín con los pinos y los abedules y el arroyo... En aquel rayo estaba Renda, escrutándome de tal manera como si no hubiera nada más en el mundo, y entonces yo presentaba una denuncia contra mí mismo, yo mismo describía mi propia culpa, la cual Renda no me había perdonado nunca, y poco a poco iba dándome cuenta de que ni yo era capaz de perdonarme... Señor Hrabal, durante tres meses, unos tres meses que parecían toda una eternidad, estaba en aquel piso de Praga detrás de una cortina, le juro que no me zampé ni hígado ni riñones, ni ternera hervida ni pescado de mar, cosas que tanto me gustaban en su casa, sentado detrás de la cortina me comía el coco, no me cabía en la cabeza cómo usted, sí, usted, había sido capaz de darme a aquella mala gente, ¿por qué, señor Hrabal, no les regaló mi hermanita?, la pequeñita, ¿sabe?, a quien le encantaría pasarse los días aquí, detrás de la cortina. Pero yo pensaba en usted, como sabe bastante bien, en usted a quien había querido, del mismo modo que usted me había querido a mí, le adoraba tanto que habría estado de acuerdo si me hubiera metido en aquel saco de correos y me hubiera matado como había matado a aquella gata, mi madre, durante los días de frío intenso, me habría introducido por voluntad propia en aquel saco para que usted me matara a golpes como a aquellos gatitos acabados de nacer, y yo, de usted, lo habría aceptado, señor Hrabal, porque yo a usted lo quería, sí, señor... Usted me habría matado a golpes contra los troncos de los abedules que yo utilizaba para limar mis garritas. Sé perfectamente que aquel saco, el de correos, que tiene manchas de sangre y está muy plegado en el cobertizo, servía para eso, para matar más gatitos y gatos, todos los que sobraban en su casa. Pero dígame, ¿por qué me dio a unos desconocidos si me quería?, de todos los gatos que tenía me quería más a mí, y yo lo quería a usted con locura. Señor Hrabal, con el corazón en la mano, ¿verdad que podía alimentar a un gato más? Yo no quería que me mantuviera gratis, no quería la leche y la carne gratis, usted sabe muy bien que cada ratón que cazaba lo depositaba en la ventana para que usted viera que no me alimentaba gratis, le traía pájaros pequeños y perdices y faisanes, un día le llevé una liebre y otro día un conejo muy grande y aún vivo, con quien libré una lucha feroz sólo para demostrarle que no me alimentaba gratis, que yo le era útil; todo esto lo hacía porque había nacido en su cama, dormía con usted y lo acompañaba en sus

paseos nocturnos; cuando nevaba, atravesaba la nieve profunda del bosque con usted hasta llegar a la cervecería Casa del Guardabosques, donde tantas veces lo esperé para dar unos cuantos saltitos y acompañarlo devuelta a nuestra casa, hacia la estufa al rojo vivo, para después acostarme con usted y dormir a su lado como el único gato, el privilegiado, sí, usted me hacía creer que yo era el privilegiado de entre todos los gatos, y yo estaba orgulloso, y también estaba orgulloso de todos sus pinos y abedules, de su arroyo; llegué a aprender cuándo usted volvería a nuestra casa en el bosque; a veces hacía mucho que su coche no aparecía, pero yo me sentaba en el balcón y desde mi atalaya escuchaba y sabía y reconocía el sonido de su coche ya en el momento en que todavía corría por la carretera, entonces bajaba corriendo y llegaba a su encuentro; cuando paraba su coche, ya estaba derecho delante y reía de felicidad pues ya le tenía aquí, y usted sabía todo esto, sé perfectamente que si a veces usted corría demasiado con el coche, yo le hacía una señal a través del aire diciendo ¡Más despacio! No quería que se matara o que tuviera un accidente grave, señor Hrabal, porque... ¿Qué sería de mí sin usted? ¿Qué sería de mí si a usted lo hubieran ingresado en el hospital o si lo colocaran en un ataúd? Yo lo quería tanto, señor Hrabal, tanto quería sus árboles y su césped y todos los senderos por donde paseaba y bajaba hacia el arroyo, tanto que cuando usted no estaba, yo deambulaba por aquellos senderos y caminos y veredas que usted tomaba cuando yo lo acompañaba a su lado, y cuando usted se paraba, se inclinaba hacia mí, yo daba un saltito y usted me cogía en brazos, me colocaba bajo su barbilla, cerraba los ojos y entonces yo también los cerraba, así éramos felices, señor Hrabal, esto lo era todo para mí, no el hecho de que usted me daba leche y pescado de mar, sino el hecho de que usted me cogía en las manos y apretaba la cara contra el pelo que tengo bajo la barbilla, y yo sentía que era suyo y usted era mío... Señor Hrabal, ¿por qué no abrió aquel saco de correos? Si no me quería, ¿por qué no me dejó meterme en aquel saco y no me mató a golpes contra el tronco de un abedul, por qué después no me hendió la cabeza con el hacha, por si las moscas? ¿Por qué, por Dios, preparó para mí un futuro tan horroroso, el de hacerme sentar detrás de una cortina en un piso, mientras yo lo añoraba tanto, pero tanto?, y ¿por qué, al final, cuando yo ya había perdido toda esperanza, cuando ya me había quedado destrozado, por qué me devolvieron a su casa, y por qué usted me adoptó, un colgajo sin alma y sin amor? Y es que, señor Hrabal, después de todo aquello, yo había dejado de quererle, no podía quererle más porque lo único que quedó en mí fue un reproche, una acusación, nada más que una queja, el luto por el hecho de que, tres meses atrás, usted me había regalado, y yo me dejé de buen grado porque no me esperaba una crueldad parecida de usted, no podía esperarme de ninguna forma que sería capaz de darme a unos extraños y que usted, señor Hrabal, podría continuar viviendo sin mí... Esto es lo que el gato Renda venía a reprocharme antes de que amaneciera, y entonces yo empezaba a envolverme en la sábana una y otra vez porque había perdido el sueño por todas aquellas acusaciones que contra mí presentaba el testigo principal, Renda. Bañado de sudor me levantaba

todo ese año a esa hora, tambaleándome me ensartaba unas piezas de ropa necesarias y salía en la oscuridad antes del amanecer, daba vueltas y más vueltas y por poco que no cometía lo que me había predicho Marenka, la profetisa que, antes de morir, me había dejado una bolsa de esparto con dos asas verdes, Marenka, que me había predicho que un día me colgaría en el sauce al lado del arroyo... Pero yo no tenía ganas de colgarme, yo quería continuar viviendo en este mundo, tenía ganas de escribir más libros, por ejemplo este documento que testimoniaría mi traición al gato Renda, tal como antes había traicionado a su madrecita, y por eso ahora sufría la mala conciencia y la sensación de una culpa escalofriante por el crimen cometido contra los gatos. Y a aquella hora, cuando canta el gallo, totalmente destrozado por los remordimientos, me imaginaba que aquellos mismos remordimientos los debían de sufrir todos aquellos que habían participado en las guerras, todos aquellos que habían sacado a millones de personas de sus casas y de sus campos y paisajes; me preguntaba, yo que me hundía por haber matado a unos cuantos gatos y por el hecho de que otros gatos me habían abandonado, ¿cómo habría sufrido si hubiera matado a un hombre? Estas preguntas y estas imágenes eran las que me acompañaban durante aquellas madrugadas empapadas de sudor y, antes de que amaneciera y de que saliera el sol, mi sensación de culpa aumentaba porque me reprochaba haber comparado la vida y la muerte de un gato con la de una persona... ¡Uf, qué cara más dura tenía! Aquellas reflexiones no alejaban de mí la culpabilidad que sentía por la muerte de los gatos y de los gatitos, porque, para colmo, me venía a la mente la idea de que no se puede matar a un gato y menos todavía a una persona y no se puede echar a una persona pero tampoco a un gato, y quien la hace la paga, sí, seguro que lo acabará pagando...

Aquel año no fue feliz para mí, a pesar de que mis amigos, todos, afirmaban que sí lo sería porque yo vivía en Kersko, en un bosque, respirando el aire saludable, rodeado de gatos y escribiendo lo que me apetecía, mientras mis amigos tenían que quedarse en Praga con sus pequeñas preocupaciones banales. Y he aquí que una gata nueva apareció un día y que, con la mala suerte que acostumbro a tener, se enamoró de mí. Era una gatita blanca y negra que tenía la piel enferma, cubierta de granos; le apliqué una pomada que la curó, pero, al cabo de poco, los hongos volvieron a surgir. Al final la piel se le curó, no gracias a las cremas sino porque la gata se había arrancado los pelos en la parte enferma, cosa que la convirtió en un animal no muy agraciado o guapo, más bien tengo que decir que era un animalito más feo que un pecado, cubierto de clapas sin pelos. Por eso le llamábamos Fea o Feíta. Pero era una gata agradable y ella lo sabía, era consciente de que se me había ganado y no se movía de mi lado lanzándome miradas enamoradas, tan honrada se sentía de que la hubiera aceptado. Y después, como no pudo ser de otra manera, tuvo hijitos, dos gatitos; solté un suspiro de alivio porque sólo eran dos y no hacía falta que fuera a buscar el saco de correos con manchas de sangre y costras. Uno de los gatitos se parecía a la gata y el otro, una gatita, al gato pelirrojo que pertenecía a la familia Chládek; ese gato solía frecuentar nuestro jardín. Aquella gatita tenía calcetinitos blancos y el pecho blanco y el lomo era bicolor, pero blanco y pelirrojo. Durante aquella época, yo conducía un Renault 5, un pequeño coche con los asientos de color pelirrojo, y mi mujer y yo llamábamos al vehículo Autícko, cochecito. Y he aquí que aquella gatita, a quien habíamos puesto también de nombre Autícko, fue para mí una recompensa por todos los gatos que había tenido y ya no tenía; nunca me cansaba de mirar sus ojos preciosos y, como su madrecita, la hijita también se enamoró de mí; dormía en mi cama junto con la madrecita y con el otro gatito, el más bonito de todos que nunca habíamos tenido en la casa de Kersko. Parecía un gatito de los que retratan en las barras de chocolate o en las cajas de bombones; también era bicolor, blanco y no exactamente negro, de un tono un poquito más claro, con un pelo largo que parecía las preciosas plumas de un búho. La señora Dása adoptó aquel gatito y después nos escribía largas cartas llenas de entusiasmo sobre la belleza del animalito que tenía en casa, describía que el gatito había aprendido a bajar al patio de su edificio de pisos en Praga y la ilusión que le hacía al bicho cuando su ama lo cogía para llevarlo a Kersko para pasar el fin de semana. Y yo, gracias a la gata bicolor con la piel enferma y a su hija, Autícko, llegué a olvidar a Renda. Feíta y su hijita sobrevivieron al invierno. Tengo que decir que temía qué podía haber pasado cada vez que llegaba a la casa de campo con el R5 blanco porque estábamos a veinte grados bajo cero, pero cada vez me venía a recibir tanto Autícko como su madre; yo hacía fuego en la estufa y las

gatitas no tenían nunca bastante calor, no podía sacarlas de allí; al lado de la estufa al rojo vivo se calentaban las frentes y, una vez calentitas, se iban a beber leche caliente y a comer pescado de mar... y las gatas se lamían los dedos, o mejor dicho, las patas. Los fines de semana, y a veces incluso entre semana, me gustaba pasar un par de días con ellas; cada vez que veían mis preparativos para marcharme, se quedaban mustias, sacaban las cabecitas en medio de los palos de la valla del jardín para observar cómo me iba, tristes, hasta que el coche giraba desde la avenida de árboles a la carretera. Una vez en Praga, se me comía la mala conciencia de haber abandonado a las gatitas en medio del frío intenso, en la madrugada me aparecían sus cabecitas que me miraban desde la cerca, y cuando los remordimientos no me dejaban ni escribir ni rondar por las cervecerías, subía de un salto en el primer autobús que iba a Kersko, preocupado durante todo el viaje. ¿Estarán vivas todavía? ¿No se habrán congelado? Pero cada vez los animalitos bajaban corriendo desde el balcón donde había una pequeña buhardilla con paja que había colocado para que pudieran dormir; y si alguna vez las gatitas no venían corriendo a recibirme, me quedaba sudado de horror pensando que habían volado al cielo, que alguien las había fusilado o que las había atropellado un coche cuando tenían hambre e iban a buscarme, a mí, el portador de los alimentos; yo miraba el balcón y el agujero que daba a la buhardilla y me imaginaba lo peor, y entonces se levantaban dos pares de orejas como los picos de altas montañas, aparecían las cabecitas y las gatas venían a mí, con alegría de verme; y yo, fundiéndome de felicidad, encendía leña en la estufa, calentaba la leche, cogía a una gata tras otra en las manos y me las apretaba bajo la barbilla y ellas me devolvían la misma caricia. Así sobrevivimos aquel invierno. Llegó la primavera, y fue entonces cuando descubrí que las dos gatas estaban embarazadas, tanto la madre como la hija, Autícko, y ellas lo sabían. Los últimos días del embarazo se mantenían cerca de mí, como mi mujer que no paraba de repetir... ¿Qué haremos con tantos gatos? ¿No tendríamos que llamar al doctor Beník para dar cloroformo a los recién nacidos? Yo me reía y me hacía el desentendido, como si nada me preocupara, para ocultar el hecho de que en el fondo palidecía de horror preguntándome... ¿Qué es lo que me espera cuando las dos gatas tengan gatitos? He aquí que, un día, Feíta se presentó delante de nosotros sin aquella barriga; yo veía que se alejaba hacia el jardín de unos vecinos donde saltaba a una buhardilla, de forma que los gatitos debían de estar escondidos detrás de las vigas, las mismas detrás de las cuales ya varias gatas habían tenido diferentes series de hijos; fue allí donde había vivido aquel gato enorme, cinco kilos pesaba aquel gato manchado que aterrorizaba a todas nuestras gatas y gatitos; un día se había atrevido con Renda, cuando todavía era grande y fuerte, haciéndolo caer de una viga; el espanto que le había provocado un gato de cinco kilos le duró a Renda toda una semana. Fue detrás de aquellas vigas de la casa de los Soldát, pues, que nuestra gata, Feíta, había dado a luz; venía a casa sólo para beber leche y dar un bocado, pero antes de alimentarse, cada vez daba un beso a Autícko. Las dos gatas se querían tanto que no podían pasar la una junto a la otra sin

darse un besito; antes de dar a luz dormían juntas y se respetaban y se querían tanto que, al verlas, nosotros también nos emocionábamos. Pero vino una noche en que pasó lo inevitable... Autícko, en mi cama, acostada a mis pies, dio a luz cinco gatitos; no fue enseguida sino paulatinamente, primero salieron tres y después dos más; yo estaba medio dormido cuando esto empezó, pero el terror por lo que tenía que venir me desveló del todo; mi mujer continuaba en su litera, exclamando enrabiada... ¿Qué haremos con todos estos gatos? Me llevé los gatitos al cobertizo y los coloqué sobre el famoso saco de correos y Autícko se hizo una bola y lamió a uno de sus pequeños para, a continuación, acercárselo todavía más con una patita; yo estaba plantado a oscuras, con la mano alargada hacia Autícko, para darle coraje, y sentí que la gata me guió la mano con la patita para que palpara con los dedos los primeros movimientos de los gatitos, y de vez en cuando nuestra preciosa gata, la que llamábamos Autícko, me lamía la mano... Los gatitos iban creciendo hasta que llegaron a tener la primera impresión del mundo, o sea de nuestro cobertizo; *Feíta* continuaba viniendo a casa a alimentarse, y cada vez que aquellas dos gatas, aquellas dos madrecitas, se cruzaban, se daban besos y más besos y se lamían los cuellos mutuamente; un mes después de parir, aquellas dos madres ya tenían más tiempo una para otra, así que volvían a yacer juntas y limpiarse, soltaban el aliento bajo la barbilla la una de la otra y se querían como antes. Un día, sin embargo, llegué a casa y mi mujer lloraba, ya no se quejaba diciendo ¿qué haremos con tantos gatos?, sino que lloraba a moco tendido, sin palabras. Yo estaba seguro, sabía qué había pasado y efectivamente, cuando abrí la puerta de la habitación, descubrí a cuatro gatitos, peludos y llenos de polvo; mi mujer me contó que los vecinos, la familia Soldát, para traernos a los pequeños, tenían que ponerse guantes gruesos, sólo así habían llegado a coger a aquellos cuatro gatitos, tan salvajes eran; pero no se los podían quedar más tiempo detrás de las vigas porque los gatitos orinaban en un rincón de su buhardilla, todos en el mismo lugar, y su río mojó el techo de la sala de abajo. Mientras yo daba las gracias al cielo de que sólo había cuatro, vino la señora Soldátová para recordarnos que uno de los pequeños se había quedado; era un gatito muy negro que no se dejaba coger de ninguna forma, pero que no me preocupara porque *Feíta* lo traería pronto. Entonces recordé a la bella *Svarcava*, que había tenido los pequeños en un comedero para pájaros, y, simultáneamente, nuestra *Máca* había dado a luz, y yo había colocado a los hijitos en el mismo barreño donde las dos gatas habían establecido un hogar común, un parvulario de gatos donde las dos madres hacían tumos para amamantar a los gatitos y, a veces, las dos madres se metían en el barreño para compartir su fortuna de madres de gatitos. Y pensando en esto, llevé a los pequeños salvajes, nacidos detrás de las vigas de la casa de los Soldát, hacia los gatitos de Autícko y, curiosamente, los gatitos se mezclaron, y ahora también *Feíta* hacía turnos con Autícko para amamantar a los hijos mientras las dos gatas continuaban adorándose y compartiendo la dicha de ser madres de un grupo de gatitos pequeños. Poco después, los hijos intentaron dar los primeros pasitos, con tambaleos se alejaban de su barreño hacia la paja; después

salían por la puerta abierta para jugar, en el jardín, bajo los árboles, con unos trozos de carbón; entonces la señora Soldátová me vino a buscar explicándome que el gatito negro se había caído de la buhardilla y me pidió que viniera a llevármelo. Cogí a Feíta y me la llevé hacia el cobertizo de los Soldát, un espacio lleno de estantes y troncos y escaleras; en el techo, había un agujero que daba a la buhardilla y fue allí donde hallé a un gatito negro que no paraba de maullar lastimosamente; Feíta emitió un sonido que debía de ser una señal entre ellos dos, un sonido que parecía una queja y, a continuación, el gatito se soltó y se deslizó en el polvo hacia abajo; quería cogerlo, pero, efectivamente, el negrito era un pequeño salvaje, tenía miedo y estaba nervioso, así que a cada intento mío daba un salto bajo aquellas vigas y estantes, y sólo cuando su madre emitió aquellos sonidos, aquella orden decidida, el hijito se estiró en el polvo cerrando los ojos y yo lo cogí de un arañazo; acto seguido, el gatito se estrechó contra mí; mientras lo llevaba hacia casa, sentía los latidos de su corazón y pensé que aquel gatito negro, aquel betún, se quedaría conmigo porque yo era la primera persona que había conocido, por eso yo debía ayudarlo y quererlo porque durante aquellos cinco minutos en los que me lo llevaba sentía que yo había revivido y que ese gatito me quitaría toda la culpa por todos aquellos otros gatos y gatitos que había matado y los que todavía tendría que liquidar. Coloqué al negrito bajo la bola que formaban todos los demás gatitos y me paré junto al cobertizo para escuchar; el negrito se introdujo en las profundidades de los cuerpos de gatitos; las gatas venían para amamantar a los pequeños, el negrito incluido, que durante los tres días siguientes disfrutaba de una madriguera caliente bajo los cuerpos de los hermanitos y primitos. Aquellas dos gatas madres se turnaban para cuidar de los pequeños y continuaban dándose besos cada vez que se cruzaban; los gatitos crecían, aprendían a beber leche y a comer pescado de mar hervido; nuestros vecinos habían pedido cinco de los gatitos y parecía que todo iría bien y que las cosas quedarían como antes. Pero he aquí que, un día, las dos gatas madres se pelearon a arañazos; se perseguían por todo el jardín silbando como unas serpientes, peleándose y chillando, con las orejas tiradas hacia atrás; cada vez que se cruzaban, gruñían y se regañaban; nosotros preferíamos que no entraran en la cocina porque una vez que toparon, no sólo se arañaron corriendo una detrás de la otra sino que en sus rifirrafes hicieron caer las cortinas y tumbaron todo lo que encontraron por el camino, las tazas y los tiestos y jardineras con las plantas y los botes con las especias; las dos gatas continuaron peleándose; mientras tanto, mi mujer se mantuvo fuera de la casa llorando repitiendo una y otra vez... ¿Qué haremos con todos estos gatos? Yo me sentí como si me hubieran endosado un golpe entre los ojos, estuve plantado junto a ella, pálido y tembloroso, pensé qué cruz me había preparado a mí mismo con todos aquellos gatos, porque mi casa y mi jardín se habían convertido en un infierno, todo lo contrario de lo que me decían los amigos que se imaginaban que escribiría muy a gusto en plena naturaleza rodeado de gatitos; yo, en cambio, ya no podía escribir ni una línea porque a mi alrededor se arañaban los mismos gatos que antes se habían querido con locura.

Un día desaparecieron todos los gatitos de Feíta, y entonces vino la señora Soldátová y, riendo a carcajadas, me comunicó la buena nueva... que mi gata había llevado a los cinco pequeños a su casa y que los tenía debajo de la carrocería de un coche y que, de momento, ella, o sea, la señora Soldátová, los alimentaba con leche, pero me pedía que me los llevara a mi casa. Mientras tanto las dos gatas madres continuaron peleándose a muerte cada vez que se toparon; llevé a los cinco gatitos al cobertizo, juntándolos con los pequeños de Autícko, pero por la noche Feíta, que ya empezaba a llamar Feota, se los volvió a llevar debajo de la carrocería y siguió arañando a mi Autícko; cada una entraba en casa pensando que le volveríamos a dar la bienvenida con sus pequeños, pero con sólo verse en la cocina, se empezaban a pelear y a chillar, no sólo la una con la otra sino también conmigo, como si me dijeran que yo tenía la culpa de todo, que yo tenía que haber decidido qué quería hacer, de forma que cuando me veían me soltaban un silbato horroroso, así que yo cogí el saco de correos, lo sopesé, tuve que abrirlo a la fuerza porque la sangre seca lo había sellado, y amenacé a los gatos con aquel saco. Las gatas lo entendieron, su sistema nervioso comprendió que, en aquel instante, se estaban jugando la vida, así que, al menos de momento, parecía como si las dos gatas hubieran hecho las paces. Un día, cuando ya me había restablecido un poco y me acerqué al cobertizo donde los gatitos jugaban enfrente de una pila de carbón, aparecieron las dos madres y una de ellas llevaba un pequeño conejo, paralizado de horror; el conejito temblaba y chillaba de miedo, pero las dos gatas se mantuvieron a su lado y cuando el conejito quería escaparse, Feota lo hizo caer, de forma que el animalito continuó temblando mientras las dos madres lo vigilaban y lo acechaban con tanta severidad como si fuera un asesino ante un tribunal cruel. Yo me sentía como aquel conejito, porque a mí también muchas veces en la vida me habían juzgado por cosas que no había hecho, me habían juzgado por el solo hecho de existir y de disfrutar riendo; esto, el hecho de reír a mandíbula batiente, la gente no me lo perdonaba nunca, y no me perdonaron ni el hecho de tener buena salud y estar de buen humor; tampoco me perdonaron que me gustara la cerveza y que me tomara la vida del mismo modo como se la habían tomado Charlot y Harold Lloyd; por todo ello eran muchos los que se afanaron en juzgarme. El conejito chilló de horror, pensé en una escena que había visto en el jardín, cuando un perro negro con los ojos dorados mordió a un cervatillo que chillaba aterrado, no por el hecho de que le sangrara el cuello sino porque el perro era repugnante y tenía unos ojos dorados y sanguíneos. El conejito seguía chillando y yo no sabía qué hacer, si hubiera tenido un fusil en la mano, habría matado de un disparo a aquellas dos gatas sin enterrarlas en mi cementerio de gatos sino que las habría tirado en un vertedero de basura donde antes se tiraban los suicidas, por la noche, en un lugar remoto, sin hacer ruido. Desgraciado como me sentía por todo aquello que mis queridas gatas hacían ante mis ojos, antes de que osara moverme, el conejito se estiró, soltó un largo suspiro, relajándose entero y ya no se movió más, murió de horror, por el hecho de que a él, que no quería nada más que comer hierba y beberse el rodo, que a él lo

habían encontrado culpable de un crimen que no había cometido. Me volví y vi a mi mujer que lloraba y repetía su canción... ¿Qué haremos con todos estos gatos? Son cosas de la naturaleza, dije, pero no estaba nada convencido de tener razón. Y he aquí que, al cabo de un tiempo, cuando las gatas madres aparentemente habían hecho las paces entre ellas y se habían repartido los hijos que los vecinos empezaban a adoptar y se los llevaban a sus casas, mientras yo lloraba por cada uno de ellos y los días que un gatito se iba a ver un mundo nuevo yo no podía dormir en toda la noche, a la vez que me iba tranquilizando poco a poco, porque ya sólo nos quedaban cinco gatitos, pues al cabo de un tiempo pasó lo que yo ya había vivido con la gata Máca y que ya había olvidado. Del mismo modo que Máca, de repente, había empezado a odiar a sus hijos y me abandonaba una y otra vez hasta que, al final, no volvió nunca más, Feota y Autícko, que antes habían sido como gato y perro entre ellas, empezaron a enseñar las zarpas y los dientes a sus pequeños, que quedaban paralizados de horror pensando ¿qué hemos hecho para que la madrecita esté enfadada con nosotros? Y los pequeñitos intentaban dar besos a la madrecita y deseaban dormir junto a ella como antes. Pero las madres gargajeaban con rabia y les escupían saliva y silbaban como serpientes, y nuestra casa con jardín se iba convirtiendo en un lugar de terror, de humillación y de sonidos violentos escupidos con malicia y execración. La cosa no paró ahí: las gatas madres, que trataban con fobia y malicia a sus gatitos, empezaron a tratarme a mí con el mismo odio; si me venían a ver no era para nada más que para manifestarme desdén y rencor; sólo entrar me demostraban toda una gama de hostilidades, mientras yo me quedaba de piedra, como fulminado por un rayo, sin saber entender la animadversión que me lanzaban encima ni la violencia con la cual trataban a los pequeños. En aquella época tenía que ir con mucho cuidado con todo lo que hacía porque empezaba a equivocarme: los sonidos violentos de los gatos me resonaban en la cabeza, además tenía migraña y sentía continuamente que algo me retumbaba en la cabeza, como si en lugar de cabeza tuviera un palo telegráfico; así que pensé que hacía falta que me cuidara para no volverme loco por mi propia culpa. Entonces huía hacia Praga donde vagaba por las calles y me dejaba caer en las tascas donde los amigos me repetían lo que ya había oído tantas veces, que qué suerte poder vivir en Kersko con mis gatos y gatitas y poder escribir lo que me apetecía, que de hecho ahora, cuando tenía un poco de dinero y un ambiente agradable, tendría que escribir una prosa muy contemporánea, porque no me faltaba de nada y todo dependía de mí y a ver qué haría después de tanta preparación; ahora que, según ellos, tenía el ambiente adecuado y no me faltaban los medios, había que poner en marcha todo lo que había discutido durante las tertulias con mis lectores. Después, cuando volvía a Kersko, tenía la sensación de que el cielo se oscurecía aunque hiciera sol y yo me sentía como un ternero que llegaba al matadero. Los únicos que venían a verme eran los gatitos, ya bastante crecidos, mientras que Autícko y Feota me escupían como siempre, a mí y a sus hijos, y yo me alejaba bajando hacia el arroyo, hacia el sauce donde elegí la rama adecuada en que colgarme para que se cumpliera

el oráculo de Marenka. Los gatitos ya venían solos a la cocina y dormían en la cama, pero Feota y Autícko entraban sólo para arañar a sus hijos y salir al jardín y gruñir y silbar con furia, y quedarse guardando la casa con rencor. Y, en el *summum* del horror, al cabo de un par de meses de sufrimiento descubrí que las dos volvían a estar embarazadas, que tenían unas barrigas escalofrantes y mi mujer, que también se había fijado en ello, cantó su vieja lamentación... ¿Qué haremos con más y más gatos? Al fondo de mi desesperación me apareció la imagen del saco de correos, aquel saco ensangrentado que había dejado en el cobertizo; un día en que mi mujer se había ido en la bici a comprar, como en un impulso cogí el saco, salí al jardín acercándome a Feota, me agaché y la gata parecía como si me diera su visto bueno; totalmente en un pronto abrí el saco y Feota se deslizó dentro; di unas vueltas al saco con la mano y después, como un loco, corrí y lo golpeé contra el tronco de un gran pino, una y otra vez, venga, dale que dale, y algo se movió en el saco, sentí una especie de gran suspiro, un suspiro como si se hubiera relajado alguna cosa, pero aun así, yo sufría pensando, ¿qué pasaría si sacara el contenido del saco y la gata continuara viva? De forma que cogí el hacha y con la parte no afilada golpeé el saco allí donde estaba la cabeza del animal; después lo palpé y descubrí que la cabeza estaba despedazada, o sea, que la gata estaba muerta. En el cementerio de gatos, con una pala cavé una fosa donde trasladé a la gata muerta; su cuerpo inerte se deslizó solo; traje una rama de geranio del balcón y cubrí la fosa con el cuerpo muerto. Todo el cuerpo me temblaba, intentaba pensar en aquel juicio que la gata le había hecho al conejito indefenso que murió de terror, pero nada, nada me ayudó, era perfectamente consciente de ser culpable de un crimen parecido al de Raskolnikov, que había matado a una anciana para poner en práctica la idea de matar impunemente. Durante los próximos días, se me hinchó la glándula tiroides, que hizo que tuviera el cuello inflado: esto me pasó porque estaba bajo de moral y me faltaba coraje, todo lo contrario de los millones de soldados en las guerras mundiales; en pocas palabras, todo lo que había pasado me superaba. Al cabo de pocos días, sin embargo, todavía tuve suficiente valor para acercarme con el mismo saco a Autícko, la gata que, tiempo atrás, tanto me había querido; cuando abrí el saco, Autícko no quiso entrar; no compartía mi decisión, así que se fue corriendo a la cocina para sentarse sobre una silla y cuando entré, me sonrió después de tanto tiempo, y empezó a ronronear dulcemente, pero yo estaba firmemente decidido, y trastornado; abrí el saco y lo que pasó a continuación no lo habría dicho nunca; Autícko, por propia voluntad, se deslizó dentro del saco, de forma que pude hacer lo que había hecho con su madre, Feota: maté a Autícko a golpes de saco contra el tronco del pino y, por si las moscas, incluso le endosé unos golpes con la parte no afilada del hacha, para romperle y desmenuzarle la cabeza. Con una pala cavé una fosa justo junto a aquella donde estaba enterrada su madre y lo trasladé allí; y, ¡gran error!, no pude dejar de volverme a mirarla muerta que tenía su cabecita preciosa entre las patitas de delante, blancas, aquellos calcetinitos; le tiré una flor roja del geranio y tapé la fosa; después hice lo

mismo que había hecho con las tumbas de su madre y las de los otros gatos; a modo de lápida, coloqué sobre la tumba de Autícko una pesada roca de gres...

Durante la temporada que vino luego preferí quedarme en Praga. Compré un billete de transporte público que podía utilizar cómo y cuándo me daba la gana y venga a coger tranvías y autobuses. Durante días enteros recorrí todo Praga, descubrí su periferia, me dejé llevar hasta los pueblos de la Gran Praga; todo esto lo hice para no tener que quedarme en casa esperando que se me aparecieran las visiones de mis gatos. Dejándome conducir por Praga, todo lo que veía desde las ventanas de los tranvías y de los autobuses, todo lo que me salía al paso, todo aquello estaba para salvarme, cada peatón era una piedra preciosa, cada escaparate, cada persiana bajada y cada montón de quincalla me parecían los más originales de los *assemblages*. Desde las ventanas de los tranvías devoraba con los ojos los andamios por los que en mi imaginación me enfilaba más y más, hasta llegar a las plantas más altas, donde me inclinaba para degustar la belleza de los campanarios envueltos de andamios... Así, los medios de transporte público me llevaban de un extremo a otro de Praga y a través de las ventanas de los autobuses y de los tranvías descubría a muchos pequeños vietnamitas, vestidos con conjuntos tejanos, todos ellos me distraían de mis pensamientos sobre los gatos, y aquellos vietnamitas, bajitos y menudos, que habían llegado a Praga en avión desde sus tierras lejanas, entraban y salían de las tiendas, generalmente en grupos, otros andaban deprisa por las calles hacia vete a saber dónde, cada cien metros encontraba a unos cuantos, ya los esperaba y ellos me venían a recibir, parecía que en Praga había todo un congreso de vietnamitas con aspecto infantil, todos vestidos de la misma manera, como si fueran militares de la guerra que se habían cambiado con pantalones tejanos y chaquetas llenas de inscripciones, todos llevaban el pelo negro muy largo como unos *hippies*, como unos actores en pequeñas escenas de teatros revolucionarios. Cruzando Praga de aquí para allá me di cuenta de que aquellas caras infantiles, aquellos rostros de príncipes y figuras en conjuntos tejanos con pelo largo y negro estaban esparcidos por todo Chequia y Moravia, incluso una tarde de domingo, yendo hacia Kersko a través de la minúscula población de Císarská Kuehyné, descubrí a tres vietnamitas. Para no tener que pensar en las gatas muertas cogía medios de transporte público, y acabé prefiriendo el tranvía número diecisiete que iba de Dáblice hasta Braník, siempre a lo largo del río Vltava en que cada uno de los cisnes era un cinturón salvavidas para mi alma torturada, miles de cinturones salvavidas representaban los miles de cisnes preciosos que habían llegado a Praga volando desde tierras muy lejanas y flotaban en grupos sobre el río siguiendo la orilla y a ras del muelle y consideraban un honor el hecho de que la buena gente les diera de comer... todo esto me imaginaba para no tener que pensar en las gatas muertas. Durante mis excursiones por Praga me solía suceder que, muy cerca de mi ventana en el tranvía, se paraba un camión y yo podía ver los ojos

desconcertados y desesperados de unas pobres vacas; una cadena ataba sus cuellos al suelo del camión, y los animales levantaban las cabezas y con los ojos pedían auxilio a los ojos humanos; algunos días llegué a ver decenas de transportes parecidos, en los cruces; los camiones conducían al matadero a aquellos desoladores, patéticos ojos de vaca; y aquella expresión de los ojos vacunos me trasladaba a los ojos de mis gatas muertas, que yo tuve que matar, no me hagáis decir por qué pero tuve que matarlas. En esos instantes entendí por qué a los artistas les gusta el sufrimiento, en esos medios de transporte comprendí por qué los poetas y los pintores se emborrachan hasta perder la conciencia: lo hacen porque necesitan sufrir y, después de llegar al fondo de todo, incluso al fondo de la propia caída, intentan entender lo que los otros son incapaces de ver, lo que es la esencia del hombre y del mundo que les rodea. En cambio yo no me emborrachaba; me daba miedo beber en exceso porque temía perder el control sobre mí mismo y desplomarme en la resaca. Yo, de hecho, si me pasaba los días vagando en los tranvías de un extremo de Praga a otro, era porque tenía miedo de mí mismo, había llegado a la situación en que, en un momento dado, una persona desnuda, sólo con pijama, se sienta en la cama escrutando con gran interés sus pies, un dedo del pie detrás del otro, porque cada una de estas largas miradas lo desvía de los pensamientos sobre él mismo, sobre el infierno hasta el cual ha bajado y que él a solas se ha preparado, y que le habían preparado también los gatos, aquellos animales que él quería y de los que tuvo que deshacerse asesinandolos. Si miraba por la ventana de mi piso de Praga, en la calle descubría mi coche, mi Autícko blanco, aquel Renault tapizado de color cobrizo, y mi Autícko me llevaba rápidamente allí donde no quería estar. Un día, cuando llegué a Kersko, donde sólo quedaron tres gatos —los otros dos los había adoptado la señora Pokomá del pueblo vecino, de Semice—, pues sólo llegar a Kersko ya tenía ganas de irme, quería hacer cualquier cosa menos quedarme; y es que, cuando iba a sacarlas cenizas de la estufa, tenía que pasar por las tumbas de mis bichitos; miraba al bies en aquella dirección y se me aparecían mis gatitas tal como las había visto por última vez, justo antes de enterrarlas. Me había preparado una trampa a mí mismo intentando convencerme de que era un hombre fuerte, el campeón del mundo entero y que no podía pasarme nada si enterraba a mis gatitas en el camino que llevaba al arroyo. Cuando volvía, profundamente inmerso en mis reflexiones, por el camino del sauce a ras del arroyo, ante el jardín estaba aparcado mi Autícko blanco, el R5 tapizado de rojo anaranjado, mi Autícko alegre, como le llamaba. No necesitaba ni un gramo de imaginación para que aquel Autícko se convirtiera en Autícko, en mi gatita con calcetinitos blancos y clapas pelirrojas. Pensaba ingenuamente que si vendía mi Autícko alegre, me liberaría al menos de un reproche que me hacía a mí mismo; pero me equivocaba porque detrás del primero se me presentaba toda una fila geométrica, toda una legión de reproches contra mí mismo y la sensación de culpa crecía hasta convertirse en la cueva de Alí Babá, llena por siempre jamás. Fuera donde fuera, si no me vigilaba estrictamente y no reprimía las visiones con todas las fuerzas, mi culpa se alzaba

contra mí y entraba por las ventanas y por la puerta, mirara donde mirara, en todas partes veía a mis gatos asesinados, ya no podía pensar en nada más que en lo hecho. Cuando cruzaba Praga de aquí para allá, me pasaba lo mismo; intentaba agarrarme a las bellas imágenes que me venían al encuentro —la periferia de Praga no es bonita, esto lo sabe todo el mundo, pero para un culpable como yo, todo lo que veía era no bonito sino precioso—... pero sólo hasta el momento en que descubría a un gato sentado detrás de una ventana, en que alguien hablaba de gatos o en que entreveía un libro sobre gatos en el escaparate de una librería. A medida que me subía en los medios de transporte, empezaba a ver gatos en todas partes, incluso en los lugares donde nunca podían estar y entendí que mis viajes resultaban inútiles. Para cambiar de ideas vendí mi Autícko alegre y me compré un Ford Escort 13; en un principio había escogido el color rojo, pero los vendedores de Ford, en el barrio de Repy, me aconsejaron que eligiera otro color, que el rojo era un color de feria barata para actores y cantantes... Pero usted tranquilo, me dijeron, elegiremos para usted un color adecuado a su carácter y sobre todo a su edad, sesenta y nueve años, tiene que ser un color sólido y decente. Así que, en Repy, me dieron un coche marrón, un Escort 13 de color marrón, y sólo cuando llegué a la casa de Kersko me fijé en que estaba tapizado de algodón basto con un estampado gris oscuro, como si el techo y las paredes estuvieran tapizados con un saco de correos, mi saco lleno de manchas de sangre que estaba en el cobertizo. Entonces descubrí que el hígado se me había hinchado por encima de las costillas y pensé que tenía que hacerme visitar en el hospital de Bulovka donde, después de haberme hecho unas cuantas pruebas, me dijeron que no debía tomar bebidas alcohólicas fuertes si no quería tener problemas graves hepáticos y biliares. Pero yo ya hacía tiempo que no bebía nada más que cerveza y de vez en cuando un poco de vino. Así que pensé que tenía el hígado inflado por culpa de los gatos, por los remordimientos de los que no podía deshacerme debido a haber asesinado a dos gatas, dos gatas embarazadas, del mismo modo que, en mi país, colgamos a la fuerza a la señora Milada Horáková, también embarazada, sólo por tener unas ideas que no sentaban bien a nuestros dirigentes políticos de los años cincuenta.

Y he aquí que un día, en compañía de un amigo, fui a ver a un ex cura convertido en parapsicólogo milagroso, un tal señor Frantísek Ferda que había pasado diez años en prisión y después estuvo en Roma y en Moscú dando conferencias ante un auditorio de expertos sobre parapsicología, diagnósticos y sus propios métodos de curar enfermos. A su vuelta de Moscú, donde había deslumbrado a los médicos con su gran lucidez, nos dieron hora. Cuando nos tocó el turno, el señor Frantísek Ferda preguntó a mi amigo, el artista Jirí Anderle, qué le pasaba, por qué había venido. Él dijo que tenía una migraña tal que no podía dormir sin tomar varios somníferos. El señor Frantísek Ferda estaba sentado en el escritorio en un rincón, tomaba apuntes con un lápiz y después dijo, mirando hacia su rincón, en una especie de ensueño... Veo su casa bajo la cual fluye un arroyo, tiene una planta baja, un primero y un

segundo piso; veo que en su casa hay una calefacción central de gasóleo, veo una chimenea que sube a través de todos los pisos y se eleva sobre el tejado, pero veo... Sí, veo que el humo penetra en su puesto de trabajo y ¡es este humo que le causa la migraña! El señor Frantísek Ferda se tumbó hacia nosotros y le dijo a Jirí mirándole fijamente a los ojos... Pues eso, a reparar la chimenea y dejar de tomar somníferos; lo que le conviene es una buena copa de aguardiente antes de ir a dormir... Después se puso a escribir algo a máquina y a continuación le alargó un papelito a Jirí, añadiendo... Aquí lo tiene todo explicado, lo que hay que hacer. ¿Y usted?, se dirigió a mí, ¿qué le pasa a usted? Dije, Tengo el hígado hinchado y me hace mucho daño el lado derecho; los médicos me amenazan con que acabaré teniendo una cirrosis. Frantísek Ferda no se giró hacia el rincón sino que me cantó las cuarenta desde el lugar donde se encontraba... Escuche, ¿qué es este color que lleva? ¡Usted no puede vivir con un color así, esto lo acabará matando! Usted se rodea de color marrón, como este traje, y su casa está llena de matices claros y oscuros de marrón. ¿Todavía no ha descubierto que el color marrón es su tumba? Muy enfadado se sentó al escritorio para escribírmelo en una pequeña hoja que después me dio. Y me recomendó que tome baños de corteza de encina rallada y que beba infusiones y, además, Aplíquese cristales de azúcar sobre los ojos, dijo. Cuando nos íbamos y le dejamos sobre el escritorio unos billetes a cambio de sus remedios, que no tocó, mientras nos despedíamos con reverencias y retrocedíamos hacia la puerta; una vez fuera, el señor Frantísek Ferda sacó la cabeza por la puerta diciéndome... ¡Ojo con el color marrón!, y cerró la puerta de un tirón. A la vuelta, la mujer de Jirí, que también se llamaba Milada, era quien conducía y Jirí le contaba todo lo que nos había dicho el señor Frantísek Ferda, sobre el humo que penetraba en su taller a través de las rendijas de la calefacción y él se quedaba medio envenenado del humo de gasóleo... Pero ¿cómo podía ver nuestra casa?, se preguntaba Jirí deslumbrado. Su mujer Milada recordaba en voz alta mientras conducía... Sí, en primavera vinieron unos técnicos para arreglar la calefacción y sí, sí, me avisaron de que perdía humo, y me dijeron que les llamara otra vez pero yo no los volví a llamar, así que sí, sí, la calefacción pierde humo... Continuábamos en silencio, pensando en el señor Frantísek Ferda que había visto la casa entera de los Anderle sin haber estado en ella nunca; yo me preguntaba cómo era posible que hubiera visto el contenido de mis armarios donde, efectivamente, casi todos los pantalones y americanas y chaquetas, todo era marrón, incluso mis zapatos y mis calcetines lo eran. Además, contra mi voluntad me vendieron un Ford Escort marrón... Y comprendí que todo lo que me había pasado era inevitable, que ése era mi destino y yo no podía hacer nada más que continuar llevando las chaquetas de un marrón claro y de un marrón oscuro y conducir un Ford Escort marrón, que unas fuerzas adversas se habían apoderado de mí, que todo me daba una cara enemiga, que mi vaso estaba medio vacío y que lo mejor que podía hacer era olvidarme, no pensar, dejar de luchar contra las adversidades, al contrario, aceptarlas como parte de mi destino; yo no había decidido

nada, en cambio los dioses sí habían determinado que yo sería una víctima de las fuerzas venidas de fuera y que no tendría ninguna influencia sobre ellas, como aquella vez que pedimos una estufa de cerámica azul, en cambio la que trajeron era marrón... Me encogí de hombros y tomé el sendero que va hacia el arroyo, parándome en el cementerio de gatos, paseando la mirada por aquel lugar y pensando en la vida con mi mujer, una vida que había sido tan agradable antes de que las fuerzas adversas hubieran empezado a jorobarnos; yo había intentado luchar contra ellas y no quería aceptar lo que me obligaban a hacer... hasta que había tenido que claudicar, sabiendo que, aceptando ciertas cosas, nunca podría volver a ser feliz. Volví a tomar en las manos a los tres gatos que me quedaron, un pelirrojo que tenía una retirada a Autícko; otro, cubierto de clapas; y el tercero, negro como una bota de agua brillantada. Pero mirándolos a los ojos, vi que les faltaba ese sentimiento que había sido desbordante en las gatas, ahora enterradas en el camino que llevaba al arroyo; pero no había nada que hacer... Después de aquella larga época de melancolía y de dolor de hígado, toda aquella época en que me había dado miedo observarme en el espejo, después de la visita al parapsicólogo Frantísek Ferda, me tranquilicé; esbozaba una sonrisa torcida, hacía reverencias a los gatos con los que salía a pasear en las noches de luna a lo largo de la valla de cincuenta metros donde mi mujer había pintado los barrotes de blanco y yo tenía la sensación de andar a lo largo de una fila de esqueletos o de ver esos esqueletos deambulando a mi lado, los tres gatos que me acompañaban solían saltar a través de los barrotes; se alejaban para atravesar la valla y volvían a correr a mi encuentro. Los tomaba en las manos y los estrechaba contra mí y les narraba las famosas historias de todos nuestros gatos y gatas; los tres animalitos quizás no se merecían que les contara todo aquello pero estaban todo oídos; cuando entraba en casa de mi hermano, me esperaban en el jardín enfrente de la casa hasta que yo volvía a cerrar la puerta y me plantaba en el jardín; entonces saltaban y me mostraban la alegría que sentían porque yo volvía a estar con ellos, que por el sendero andaba hacia mi casa a lo largo de la valla blanca sobre la cual se inclinaban las ramas de abedules y de pinos mientras los gatos me adelantaban y se paraban y se revolcaban en la arena, deseando que los tomara en las manos y los estrechara contra mi mejilla y me quedara así, mientras los gatos y yo cerrábamos los ojos. Así nos manteníamos un rato, nos saltaban los plomos y durante medio segundo disfrutábamos de una profunda comunicación. Durante aquella época entendí la correspondencia entre los acontecimientos respecto a los cuales poco se puede hacer, aquellos que no se pueden desplazar ni un segundo, ni un milímetro: todo lo que había pasado era, para mí, positivo y adverso a la vez, todo iba apuntando con la parte afilada de la hoja del cuchillo contra mí; y en aquella época yo tuve la sensación de que la mano que escribía mi destino no era mía, sabía a buen seguro que aquella mano pertenecía a alguien extraño que, si le apetecía, podía alargar un segundo mi movimiento o bien acortarlo, y por más que me esforzara no podía ponerle ningún remedio porque todo, todo estaba preparado para mí por adelantado,

incluso lo que yo había pensado e imaginado, sí, cada vez que yo acababa de pensar algo, parecía que todo había sido preparado por adelantado; yo me limitaba a meter la llave en la cerradura de una puerta que sólo yo podía abrir y que estaba preparada sólo para mí...

En aquella época en que todos los gatos y gatas me tenían desesperado, siempre, antes de despuntar el día, venían a mi cama en un ensueño justo en el momento en que yo, bañado en sudor, debilitado, pensaba en la no existencia; justo en ese instante se presentaban; no me acusaban de nada, sólo se sentaban y me observaban, y en ese entresueño yo era incapaz de apartar la mirada de ellos que, sólo con sus ojos fijos en mí, me llevaban a la muerte. En aquella época me llegó una notificación para presentarme en Hradistko, en el consejo de administración donde pertenecía mi casa de campo; me habían citado como testigo: uno de mis vecinos, el señor Polách, demandaba a nuestra vecina, la señora Soldátová, por haber matado a tiros, desde una pequeña ventana de su casa, pájaros cantores y ardillas. Según el demandante, esto sucedía desde hacía más de quince años. Sobre todo había matado a muchos pájaros cantores, dijo el señor Polách, añadiendo que su hijo lo podía testimoniar, pero el gran testigo, según él, era yo, un escritor que vivía justo delante; yo tenía que testimoniar que no habría montones de esos pájaros asesinados, sino carretadas enteras. Aquella tarde en el consejo de administración, el presidente, el camarada Cerny, leyó la queja del señor Polách que, debido a los miles de pájaros cantores matados a tiros, había tenido que hacer dos tratamientos psiquiátricos, tanta pena le daban los pájaros, según nos contaba, y de tanta pena enfermó psíquicamente; yo veía que el señor Polách decía la verdad porque no paraba de sudar, tenía los ojos muy rojos y tomaba pastillas porque, de madrugada, se le aparecían todos esos pajaritos cantores, todos esos carboneros y pinzones, todos esos pájaros carpinteros, picapuercos, trepa árboles y verderones venían hacia él gorjeando para explicar y quejarse al señor Polách del destino tan amargo que les había tocado, el de caer, de repente, de las ramas de los nogales y los fruteros al jardín de la señora Soldátová; y los pájaros y pajaritos hacían un vocerío tan fuerte que, por culpa de él, el señor Polách había enfermado de la cabeza y por eso presentaba una queja y pedía que el ayuntamiento hiciera algo; como ya no despertaría a aquellas carretadas de pájaros de la muerte, lo único que pedía era que la señora Soldátová le entregara esas dos escopetas de aire comprimido para que él personalmente las pudiera destruir, que incluso le pagaría aquellas armas terroríficas, haría todo esto para asegurarse de que la señora no dispararía nunca más desde la pequeña ventana, para que el señor Polách pudiera descansar y para que nunca más le hubieran de ingresar en un hospital psiquiátrico, y los pajaritos dejasen de visitarlo de madrugada lamentándose de su sufrimiento. El presidente del consejo de administración me pidió que dijera lo que sabía sobre ese caso. Dije que sí que, de vez en cuando, encontraba algún pajarito fusilado, que algunas veces había oído disparos, que algún que otro perdigón había ido a parar debajo de una rama o debajo de un tronco de algún árbol en mi jardín,

pero que nunca había visto que la señora Soldátová disparara ni la había visto con un arma al hombro. Y observé que el señor Polách, el demandante, se iba poniendo rojo, los ojos se le volvían sangrientos y se secaba el rostro bañado en sudor con la mano y depositaba puñados de sudor sobre el pantalón o en la gorra. Entonces empezó diciendo que era verdad, que la señora Soldátová disparaba contra los pájaros desde una minúscula ventana de un pequeño cuchitril, de forma que él tampoco la había visto, pero que tenía una queja también contra mí porque yo tenía permanentemente unos cuantos gatos, a veces llegaban a ser ocho, y que mis gatos habían matado miles de pajaritos, de hecho más de miles, y si esto continuaba, pronto, en Kersko, no quedaría ni un solo pájaro. Sólo pensar, decía, que en cada jardín de Chequia hubiera dos gatos, todos los pájaros cantores se irían a freír espárragos. Y añadía que del mismo modo que a la señora Soldátová había que castigarla, porque no podía ser que el propietario de cada casa con jardín fuera disparando contra los maravillosos cantores, yo y mis gatos representábamos el mismo peligro para los pájaros que las dos escopetas de la señora Soldátová. Al oír esa queja se me iluminó la cara; después de mucho tiempo tuve una sensación de bienestar. Y pensaba que, efectivamente, cuando liquidaba a mis gatos y gatitos, ayudaba a que no se mataran tantos pajaritos pequeños en los nidos y pájaros en las ramas, y mentalmente daba las gracias a que me hubieran llamado al consejo de administración como testigo de la hecatombe de pajaritos cantores porque, al fin y al cabo, me acababa de dar cuenta de que mis asesinatos tenían sentido y que, bien mirado, yo no era nada más ni nada menos que un protector de la naturaleza. Tomé la palabra para decir que las observaciones del señor Polách eran correctas, que admitía que los gatos eran enemigos no sólo de los pájaros cantores sino también de los faisanes, y que cuando las gatas tienen pequeños o están hambrientas, se atreven incluso con las liebres o los conejos salvajes. Y sí, dije, sin que nadie me hubiera obligado a ello, yo sabía cuál era mi obligación ciudadana y maté a los gatos y gatitos que sobraban y por eso, ahora mismo, no tengo más de tres gatitos ya crecidos, unos gatitos que ya había prometido a diferentes personas, de forma que no hace falta que pida permiso a los vecinos; sé qué dice la ley sobre tener gatos y perros en los jardines y en las casas que tienen vecinos. El hecho de que el señor Polách hubiera acusado a mis gatos muertos hizo que me fuera abandonando la sensación de culpabilidad, y yo quería echarla del todo, así que me decía, Qué lástima que los bosques ya no los vigilan los guardas militares, que habían existido cuando el barón Hiross y el príncipe Hohenlohe mandaban que mataran a tiros a los gatos y los perros para conservar los animales del bosque y los pájaros cantores. Acabé de contar lo que sabía como testigo y, después, empecé a hablar como si fuera un fiscal, solté todo un discurso y mi voz resonaba por la sala como unos truenos, mis ojos lanzaban relámpagos mientras explicaba que, una vez en casa, en nombre de los pájaros cantores liquidaría a los tres gatitos que me quedaban; el presidente del consejo de administración me dio las gracias, a mí y al señor Polách, que estaba tragándose pastillas y más pastillas porque mi discurso había agravado su

estado mental: el señor Polách se imaginaba no carretadas de pájaros muertos sino cestos enormes llenos de carboneros y pinzones preciosos, de verderones y garzas y otras aves desgraciadas, asesinadas todas. El señor Polách me dijo que todos esos pájaros volverían a quejarse ante él de madrugada y que él no tendría ningún otro remedio que consumir más calmantes y ansiolíticos y visitar las clínicas psiquiátricas con más frecuencia. Puesto que no se había presentado la señora Soldátová, aquella tiradora contra la cual el señor Polách había presentado la queja y la demanda, el presidente del consejo de administración leyó el acta y después dio la reunión por acabada. El señor Polách y su hijo, que habían venido a Hradistko en coche, me llevaron a Kersko; durante el tiempo que tardaron en hacer por carretera los tres kilómetros que separan Hradistko de Kersko y después durante el tiempo que estuvieron conversando conmigo en el coche parado bajo la farola cerca de mi casa, tuve que escuchar lo que el señor Polách me decía: que yo era un hombre horroroso, indigno de ser un escritor, por haber dicho que no había visto a la señora Soldátová disparar desde la ventana, que, en el fondo, había hecho todo lo posible para exculpar a la señora Soldátová, cosa que hacía el caso del señor Polách más difícil de ganar; y se quejaba de mis gatos que liquidaban y continuarían liquidando todas las aves inocentes que con sus gorjeos alegraban la vida del pueblo trabajador cuando estaba de vacaciones en el campo y cuando los obreros abrían las ventanas de sus edificios en los barrios periféricos y también en el centro de la ciudad, lleno de parques que se engalanan con los cantos de los pájaros que tanto ayudan a construir el socialismo y el futuro radiante, mientras él, el señor Polách, tenía que presentar una demanda ante el consejo de administración sobre un asunto tan evidente como éste: que se tendría que evitar que cada año murieran bandazos de pájaros por culpa de las escopetas de aire comprimido, además de los gatos. Cuando el señor Polách acabó su discurso, brillaba en la luz que la farola de la calle lanzaba dentro del coche; le deseé mucho éxito en su lucha por la salvación de las aves cantoras y añadí que era un hombre valiente. En aquel momento, una cabeza llena de rizos se acercó desde el asiento de atrás hacia mí, los labios se colocaron muy cerca de mi oreja; me aparté para ver al joven alto, el hijo del señor Polách, y cuando giré la cabeza en una posición de perfil, el joven volvió a acercar los labios hacia mi oreja para cuchichear... ¿Y qué me dice de las vacas, señor Hrabal? ¿Las pobres vacas, las vacas de Chagall? Tenemos que luchar a favor de un trato más humano con el ganado destinado al matadero... ¡Oh, las pobres vacas de Chagall! Y continuaba diciéndome al oído... En algunos mataderos, en las ciudades donde las universidades tienen estudios de veterinaria, los profesores llevan a sus clases ante el ganado que espera que lo ejecuten, y bajo la mirada del profesor, los alumnos abren el cuerpo de las vacas vivas para que los futuros veterinarios vean cómo es un corazón vivo, unos pulmones vivos, un hígado vivo, un bazo vivo, un estómago vivo; el profesor enseña y explica todo esto, pero... Señor Hrabal, nadie, nadie se fija en los ojos vivos de las vacas... Nadie ve esos ojos de los que los poetas de la Grecia antigua decían que se parecían a los ojos de las

diosas, a los ojos de Afrodita, la de los ojos de vaca, la de los ojos más bonitos del mundo... Señor Hrabal, los griegos y otros pueblos de la antigüedad sabían que matar una vaca era un crimen, por eso compartían la culpa con los dioses, sacrificaban esas bellas criaturas a los dioses y compartían la culpa por el derramamiento de sangre con sus dioses, mientras que nosotros asesinamos a las pobres bestias en los mataderos... Y como si con esto no hubiera bastante, antes de que el asesinato se lleve a cabo, los futuros veterinarios se meten en las entrañas del animal vivo para aprender lo que en las aulas universitarias sólo pueden conocer en teoría... Señor Hrabal, hay que hacer algo porque... escúcheme bien: los ojos indefensos de las vacas, de las pobres vacas de Chagall, me inculpan de asesinato no sólo a mí y no sólo a usted sino a toda la humanidad, y yo, señor Hrabal, a veces tengo la sensación de que las pinturas de Chagall me matarán... Esto me decía el joven con los labios muy cerca de mi oreja... Y yo, mientras tanto, me imaginaba los ojos de mis gatos y gatas que había matado, aquellos ojos llenos de reproches, los ojos que no se imaginaban que los acabaría matando, en cambio sabían perfectamente que me querían, que en mi cama habían dado a luz sus gatitos, que me tenían una confianza ilimitada y sabían que sólo conmigo podían ser felices, en cambio yo los maté metidos en un saco de correos como si fueran unas comadreja que hacen daño; si me traían unas codornices, unos pequeños faisanes o unos conejitos, no era para hacer daño a aquellos animalitos sino para honrarme a mí con su botín; y deben de haber pensado que, puesto que los tenía que matar, ¿por qué no dejárselo hacer a un guardabosques?, estaban convencidos de que algún otro y no yo tenía que matarlos, de forma que la culpa era mía, porque yo había matado el amor. Por eso yo era culpable ante mí mismo, por eso, al amanecer, mis garitas volverían a presentarse; de hecho soy yo quien viene a quejarse y lamentarse de sí mismo, porque mis remordimientos me acompañarán mientras viva... Del mismo modo que al señor Polách, una persona inocente, cada mañana le venían imágenes ardientes de pájaros que alguien había matado de un disparo de escopeta de aire comprimido o que mis gatos habían cazado: cada madrugada, aquellos pájaros bordarían las sábanas de su cama con su bellissimo gorjear... Del mismo modo que el joven que cada mañana también estaba a punto de morir cuando se le aparecían los ojos llenos de acusaciones silenciosas de las pobres vacas de Chagall... Solté un pequeño grito lastimoso y bajé del coche, endosando un golpe a la puerta; el vehículo se puso en marcha y yo caminé, rociado por la luz amarillenta de una farola, avanzando por la avenida de árboles y a lo largo de los palos blancos de nuestra valla. Después me abrí camino a oscuras a través del jardín y tres gatitos crecidos me vinieron a recibir, me acariciaron las piernas y los pies con los cuerpos y las cabecitas, después daban tres saltos largos hacia adelante para, después, volver a mis pies que rozaban y volvían a alejarse, mis animalitos, mis bichitos que necesitaban demostrarme su amor incondicional, como me lo habían demostrado sus madres que también me querían y, aun así, yo las maté.

En aquella época, seguía estupefacto y maravillado los movimientos de mi vida, hacia arriba y hacia abajo, hacia la izquierda y hacia la derecha, me movía a través del mundo y a través de la vida como unos caballos desbocados cuyas riendas un cochero enloquecido trataba de sujetar en las manos temblorosas. Pero yo ya me encontraba más allá de todo, hacía reverencias a los árboles —como aquellas maestras que habían vivido en mi jardín muchos muchos años atrás—, y no sólo a los árboles, me inclinaba ante mis tres gatos, me inclinaba ante mi imagen en el espejo, sonriendo porque ya no tenía miedo de mí mismo. Sabía que esa sensación de tener una rienda en la cabeza con la cual alguien me guiaba, vete a saber dónde y da igual cómo, que aquella rienda me brindaba la preciosa sensación de que todo estaba preparado para mí como para el novio el día del casamiento, o para las doncellas y para los mozos de honor en un entierro, saber que no estaba solo me daba no exactamente fuerza sino más bien una dulce sensación de felicidad, a pesar de que muy cerca de aquella felicidad podía asediarme la desgracia, y es que todo surge del no-ser y todo nace de su contrario... Durante aquella época, yo me encontraba por encima de todo, por encima de mí mismo, ya podía permitirme el lujo de palparme el hígado hinchado y decirme a mí mismo... Bien, ¿y qué pasa si tengo el hígado hinchado? ¿Qué problema hay, si de todos modos mi cuerpo ya está de capa caída? Pasase lo que pasara me sentía a salvo, ya estaba preparado para aceptarlo todo porque había experimentado los más grandes sufrimientos con los gatos, estaba tan reforzado como si hubiera vivido todas las guerras, como si hubiera participado en la matanza de My Lai y en las masacres del Líbano, y es que todo lo que vi y leí en el libro *Cien años de fotos de guerra*, todo aquello lo experimenté en la propia piel, fui yo quien amenazó a una joven fotógrafa francesa con fusilarla, fui yo quien se la llevó a un callejón oscuro obligándola a fotografiarme con cinco falangistas muertos con los sexos cortados, fui yo quien —a pesar de que todavía no había nacido, pero aun así me sentía culpable— con unos soldados turcos cortó las cabezas de nuestros adversarios armenios que habíamos matado en la batalla, metimos las cabezas en un saco de harina y lo llevamos a una pequeña ciudad donde nos fotografiamos con las cabezas de los adversarios armenios...

Y he aquí que, una buena mañana, mi mujer y yo nos pusimos a buscar una oficina; habría habido bastante con una llamada para comunicar que habíamos pagado el alquiler y que teníamos el recibo guardado, pero preferimos ir personalmente; conducíamos el Ford Escort 13 buscando la oficina por toda clase de periferias, de Strízkov a Dáblice, y cuando llegamos a la torre de las aguas de Strízkov, mi mujer bajó del coche para preguntarle a una viejecita... Escuche, señora, ¿sabe dónde está la calle Bímova? La abuela desplegó un mapa y las dos buscaban

esa calle. Dos empleadas de correos pasaban de largo y habría sido fácil preguntarles, habría habido bastante con bajar la ventanilla, pero yo no lo hice porque sabía que cada cosa se tenía que hacer cuando tocaba, que si parecía que algo me retrasaba en el fondo aquella misma cosa me hacía avanzar más deprisa, así que me quedé sentado, inmóvil, y después fuimos hacia allí donde nos había enviado la anciana que llevaba el paraguas abierto a pesar de que hacía sol, pero fue una equivocación, la oficina no estaba allí, así que nos retrasamos pero de hecho nos aceleramos para, después, elegir el tiempo que nos había sido adjudicado, nuestro tiempo, mi tiempo. Porque el día anterior, mi mujer había estado quemando la hierba seca y hojas y, con eso, las cosas que nos sobraban; en un momento dado entré en el cobertizo y vi que el saco no estaba. Junto al sauce y el arroyo, el humo subía hacia el cielo, y para asegurarme pregunté a mi mujer, Escucha, ¿qué se ha hecho del viejo saco que estaba en el cobertizo, lo has quemado? Y ella dijo Sí, claro; si alguien lo encontrara en casa, decía, todavía creería que fuimos nosotros quienes robaron la oficina de correos de Celákovice, cuando desapareció un millón y más de coronas... Pasé por el sendero que bordeaba el cementerio de gatos y busqué en las cenizas que mi mujer había abocado, busqué ayudándome de una rama pero lo único que encontré fueron unas anillas metálicas en medio de la suave consistencia que tenían las cenizas que habían quedado después de haberse quemado la tela del saco de correos... Al final llegamos a encontrar la oficina que buscábamos; mi mujer entró, enseñando a las empleadas, victoriosa, el recibo que demostraba que habíamos pagado el alquiler del piso del mes de julio y afirmando que se habían equivocado al comunicarnos que no habíamos pagado. Poco después subió al coche, con ganas, todavía temblando de rabia por haber recibido aquella carta errónea. Salimos de la periferia de Praga al campo, hacía sol y nos dijimos que había que poner gasolina, pero decidimos que lo haríamos más tarde; llegamos a Pocemice, después a Nehvizdy, entonces teníamos que subir una colina, y cuando bajábamos hacia la gasolinera de Mochov, desde abajo subía un camión grande con remolque; cuando pasábamos de largo el remolque, vi ante mí un espacio azul y a continuación se sintió un estruendo, parecía una sinfonía que acaba con una fanfarria victoriosa, y el parabrisas se rompió en mil pedazos de múltiples colores; después, durante un momento, desapareció la luz y vino otro golpe... Y después, silencio y olor a huesos chamuscados; cuando abrí los ojos, estaba enterrado bajo una montaña de pedacitos de cristal roto, y tenía la sensación de estar escuchando el final de *Les Preludes*, de Franz Liszt. Me encontraba colgado cabeza abajo, mi mujer también colgaba cabeza abajo y su pelo tenía una forma ridícula; nos quedamos un rato colgados, esperando ver la sangre en nuestros cuerpos, esperando la muerte. Pero no pasó nada de esto, hubo un silencio absoluto y ya está; después vi boca abajo un mono de trabajo, presioné el botón del cinturón de seguridad y caí cabeza abajo; unas manos humanas me sacaron del coche y los ojos fijos sobre mí estaban asustados, horrorizados; de la otra parte del coche, otras manos humanas sacaron a mi mujer que se quejaba y se echó a llorar... ¿Qué ha pasado? ¿Qué nos ha

pasado?, preguntaba y yo le contesté... ¿Qué me has hecho? Me puse de pie y vi que, al fondo de todo, había una gasolinera; más cerca pude distinguir, en aquel sol de la mañana, una furgoneta, una pared azul de una furgoneta, parada a través de la carretera; en la cuneta descubrí nuestro Ford Escort 13, del color del chocolate, que estaba tirado, tan chafado que resultaba irreconocible... El conductor de la furgoneta se apoyaba en la parte de delante de su vehículo, fumando, observándonos con hostilidad; y dijo encogiéndose de hombros... Es que no os he visto, vaya... Yo paseé alrededor del lugar del accidente, palpándome el cuerpo, y descubrí que de la cabeza me manaba sangre, un pequeño chorrito de sangre, volví a palparme y entendí que tenía las costillas rotas, porque crujían bajo mis dedos, hacían ¡crec-crec!, y yo no paré hasta que llegué a la gasolinera donde estaban lavando a mi mujer; entonces llegó una ambulancia, y otra, y después un coche de la policía; los policías empalidecieron al ver nuestro coche... Y yo no paraba de andar arriba y abajo y mientras lo hacía, sentía con absoluta precisión que esto era el punto y aparte con el cual se acababa mi historia con los gatos asesinados, sabía que me había llegado una intervención exterior, una salvación en forma de accidente dentro de aquel coche de color marrón por fuera y de color del saco de correos por dentro, aquel saco en que había matado a los pobres gatos, sabía que ahora, por fin, se había aplacado la ira del cielo, de mi cielo que me acababa de castigar, y sabía que, así, se había aplacado la furia del firmamento que está en nuestras cabezas y que rige nuestros destinos... Sonreí cuando me invitaron a subir a la ambulancia y trozos y trocitos de vidrio caían de mi americana, continué sonriendo mientras me hacían los rayos X en el hospital de Nymburk, esboqué una sonrisa cuando me aplicaron yodo sobre las costillas rotas y las colocaron en su lugar, reía toda la semana que pasé ingresado en el hospital de Nymburk, mientras más y más pedazos de vidrio caían de mi pelo, como para traerme la buena fortuna, no paraba de sonreír porque sabía que estaba salvado, ya no me amenazaba la idea de que un día, lleno de remordimientos, enfilara hacia el sauce para colgarme, encima del arroyo, según me había predicho Marenka, la que, antes de morir, había venido a nuestro bosque a buscar setas y se había dejado, en nuestra casa, la bolsa de esparto con dos asas en forma de anillas verdes. Cuando me preguntaban cómo había vivido el accidente, siempre contestaba, desternillándome de risa, que todo ello había sido grandioso y que parecía la sinfonía más potente que había oído nunca. El desafortunado conductor de la furgoneta estaba ingresado en el mismo hospital que mi mujer y yo: él que, como yo, no había podido ni perder ni ahorrar un segundo y de esto se desprendía el hecho de que todo aquello había sido escrito allí arriba, que había sido predeterminado que pasaría lo que al fin y al cabo acabó sucediendo... una cosa grandiosa, como yo no me cansaba de repetir... Me dije que si alguna vez quería abandonar este mundo, no había ninguna manera más maravillosa que aquélla; esto lo sabía mi pintor predilecto, Jackson Pollock, el inventor de la *gestural abstraction* y del *drip painting*; cuando Pollock había acabado de pintar las telas más maravillosas que he visto nunca, después de beberse una

cisterna de *whisky* y de fumar tantos cigarrillos Pall Mall que, si los colocara uno detrás de otro, podría cubrir toda la circunferencia de la Tierra, pues Jackson Pollock, después de haber cenado en la habitual Cedar Tavern, puso en marcha su Oldsmobile de tal manera como para poder experimentar, con el cuerpo y el alma, lo que mi destino había intentado pero no había logrado: estrellarse contra una pared y morir al instante. Un policía, un joven agradable, me preguntó si presentaría una demanda contra el conductor de la furgoneta; le dije que no, no la presentaría porque lo que había experimentado era grandioso; lo que no dije, pero sí pensé, es que el conductor, el señor Máchal, se debía de sentir culpable por haber entrado en la carretera general desde la comarcal, sin tener mucha visión, tentando la suerte... y con esto se hizo daño a sí mismo, pero a mí me sacó los remordimientos que tenía por todos aquellos gatos que había matado... y los gatos me lo pagaron con el accidente en la carretera. El señor Máchal y yo solíamos sentarnos en nuestras camas, que eran vecinas, él me preguntaba una y otra vez si no estaba enfadado con él por lo que me había hecho, y entonces yo le cogía la mano y le decía siempre lo mismo que le hacía reír tanto que parecía que su cara arañada y rota estaba haciendo una mueca. Le decía... El hombre es el único animal que pisa dos veces con la misma mierda, señor Máchal... En esos momentos me volvían a aparecer los tres gatos que tenía en Kersko, y yo, que en todo veía un dedo del destino, sentía que me ordenaban que volviera pronto para verterles leche en el cuenco, que me decían que querían volver a salir conmigo al jardín y andar a lo largo de aquella valla con palos blancos contándoles las historias de nuestra gran familia de gatos y gatas, que volviera a tomar a uno de ellos y después a otro en brazos y que los estrechara contra mi rostro cuchicheándoles esas mismas palabras de amor que antes había dicho al oído a todos los demás que ya no estaban, por una desgracia del destino o por culpa de mi mano. Además, yo reía y no podía acabarme de creer de qué manera se habían cruzado nuestros caminos, el del señor Máchal y el mío, tanto ante la gasolinera como antes. Y es que el señor Máchal me explicó que había comprado la casa donde vivía en Nymburk al señor Marysko, es decir, el mismo Marysko que había sido un gran amigo mío y mi maestro. Por casualidad, el señor Máchal había comprado la casa que Marysko y yo llamábamos submarino y donde, durante diez años, componíamos nuestros primeros intentos poéticos, y también el manifiesto del neopoetismo; en esa misma casa nos emborrachábamos por nuestra gran fortuna de haber descubierto el surrealismo y celebrábamos todos aquellos curiosos encuentros que nos unían no sólo con los surrealistas sino también a nosotros, a Marysko y a mí, y ahora, además, al señor Máchal, quien le había comprado aquella famosa casa donde habíamos sido tan felices y tantas veces nos había caído el destino encima como si fuera un rayo y el destino nos había impactado de tal manera que nos quedábamos inmóviles, mientras nos encarcelaba una pata de la esfinge que soportaba nuestra viña juvenil hasta que el círculo se cerró... Sí, el círculo se cerró gracias al afortunado accidente junto a la gasolinera de Mochov, aquel accidente que acababa de borrar mi culpa y todos los

antecedentes penales. Es que no se puede matar a nadie impunemente; ni siquiera a una gata.

¿Qué haré con tantos gatos?